

# La Ilustración Artística

AÑO XXXII

← BARCELONA 17 DE MARZO DE 1913 →

NÚM. 1.629

## OBRAS NOTABLES DE LA PINTURA CONTEMPORÁNEA



El celebrado pintor francés Labitte nos ofrece en este cuadro una escena llena de poesía. Es la época de la siega del heno; el sol inunda con su luz intensa la campiña y en el aire siéntese flotar el aroma de la hierba recién segada. Una gentil pareja suspende su tarea; él murmura palabras de amor; ella, ruborizada, le escucha complacida. Comienza el idilio; el dios ciego ha conquistado dos nuevas almas y la naturaleza toda parece entonar un hermoso himno asociándose a la unión de aquellos dos corazones.

EN EL CAMPO, cuadro de E. Labitte

(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística, de París.)

## SUMARIO

**Texto.** — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Un lazarrillo ciego*, por Wenceslao González Oliveros. — *Pinturas religiosas*. — *La guerra de Oriente*. — *Los reyes de Dinamarca en Berlín*. — *Aristófanes y Eurípides en el Teatro del Popolo de Milán*. — *Primer concurso lírico de señoras*. — *El nuevo presidente de los Estados Unidos*. — *Los terrores del radio* (novela ilustrada; continuación). — *Roma. Exposición de los aficionados y cultivadores de las Bellas Artes*. — *Madrid. Los últimos estrenos teatrales*. — *Gibraltar. Grandiosa protesta contra el gobernador*.

**Grabados.** — *En el campo*, cuadro de E. Labitte. — Dibujo de Carreres, que ilustra *Un lazarrillo ciego*. — *Odio y amor*, cuadro de Juan Styka. — *El Gólgota*, tríptico de Lovis Corinth. — *Altar de San Ildefonso*, obra de P. P. Rubens. — *La guerra de Oriente*. — *Los reyes de Dinamarca en Berlín*. — *El nuevo dirigible Astra XIII*. — *El supremo adiós*, cuadro de Francisco Guillery. — *El descendimiento de la Cruz*, escultura de Enrique Splietti. — *Milán. Una escena de «El Cíclope»*. — *Roma. La señora Jacouckoff*. — *Mr. Wilson y su familia*. — *Roma. Exposición de Bellas Artes*. — *Madrid. Estrenos teatrales*. — *Gibraltar. Protesta contra el gobernador*.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Todas las vueltas que están dando los periódicos a Madama Catulo Mendés no acaban de convencerme de que esa señora sea lo que se dice una eminencia literaria.

En el caso de esta dama hay que ver algo típico de la literatura francesa, en la cual abundan estas semirreputaciones, semifundadas en semiméritos, que casi consisten en casi talento y casi arte. A la sombra de los escritores de altura, en Francia — y Catulo Mendés, aunque no se le pueda llamar a boca llena un gran escritor, era un escritor muy notable —, surgen, en la familia, *héréditaires* que recogen algo de su fama, que se arman una reputación con los recortes de la otra. No citaré, para ejemplo, sino el hermano y la esposa de Alfonso Daudet y la hija de Teófilo Gautier. Los casos en que surgen de un solo tronco dos ramas vigorosas, como los dos Dumas, son más raros.

Yo no digo que no pueda suceder que la señora de un literato escriba de perlas. Pero hay que distinguir, y repito que la viuda del autor de *La Virgen de Avila* no es ni una Jorge Sand, ni una Desbordes Valmore, ni siquiera una Severina, mujer que nació periodista de empuje y de pluma persuasiva, como pocos de sus congéneres del sexo feo.

Yo siento no poder oír a Madama Mendés; y la razón por la cual no puedo oírla, está justamente relacionada con el convencimiento que tengo de que no se trata de un gran acontecimiento literario. Si Madama Catulo Mendés fuese un astro de primera magnitud, en lo artístico o en lo intelectual, haría lo posible para oírla, sin ser yo vista, en atención a mi luto. El luto debe vedar lo que tiene carácter de distracción y entretenimiento, pero no lo profesional de cada persona, lo que forma parte de su vocación de toda la vida. No me parece profesional, para mí, el escuchar las conferencias de Madama Mendés. Con no llegar a conseguir esta distracción, pierdo, probablemente, un agradable rato de *causerie*, y la vista de una señora que, por los retratos, parece guapa, y de seguro se presentará ataviada con mucho *chic*. Eso sí que no puede faltar en la conferenciante francesa.

De todos modos, han hecho bien María Guerrero y Fernando Mendoza en traerse a la señora de Mendés a disertar ante un público que de seguro habrá de ser escogido, socialmente hablando. Todo lo que sea aproximación al extranjero nos conviene. Este cachito de bulevar parisiense trasladado a Madrid no huelga. Y la Mendés no será la literatura, ni la ciencia, ni el arte; pero su personalidad *boulevardière* no hoy quien se la quite.

Catulo Méndez, o Mendés, de origen judío español, había nacido en Burdeos en 1843: tendría pues ahora setenta años. Estuvo afiliado a la escuela parnasiana, en la cual, con el culto de la forma y del arte por el arte, se disolvió el romanticismo definitivamente. Presentó Mendés desde el primer momento una condición singular: pudo imitar brillantemente a los poetas y escritores más gloriosos de su generación. Hizo versos como Víctor Hugo, como Baudelaire, como Gautier, como Banville, como Enrique Heine, como Villiers de l'Isle Adam, como Leconte de Lisle, como todos, en suma, menos como Mendés. Se asimiló los defectos, los procedimientos, la retórica de cada cual, y fué como aquel Lucas nuestro, que llegó a falsificar un cuadro de Velázquez y no hay que decir si infinitos de Goya, con artificio tal, que engañó a los expertos. Dejo a la consideración de los que me leen calificar este mérito. Claro es que imitar así, no lo hace el primero que pasa; no señor. Digo más: lo intentan infinitos, sin poderlo conseguir. Por eso he concedido que tenía mucho talento Catulo Mendés. Talento ajeno; pero talento, innegable.

Después de haber sido, como se le suele llamar,

el poeta-proteo, fué prosista, y autor dramático, presentando los mismos fenómenos típicos de asimilación. Profundas influencias de Zola luchan en sus novelas con las de Víctor Hugo. Sin embargo, es más erótico que ninguno de sus ilustres modelos. Y es erótico perverso, pintor complaciente de aberraciones y degeneraciones infecciosas. Entre sus obras dramáticas, una, sin llegar a ser representada, le valió un mes de cárcel. Calcúlese cómo sería. Y el caso es que este escritor, de larga y fecunda carrera; que cultivó todos los géneros, desde la poesía hasta la crítica y la conferencia; que no desdeñó ni descuidó el reclamo; que fué una de esas figuras parisienses que por el hecho de serlo parecen mundiales; que estuvo, tantos años, como suele decirse, en candelero; a quien no faltó elemento alguno de los que contribuyen a establecer una fama... no pudo tenerla, no pudo destacarse verdaderamente, fué siempre el reflejo de alguien, o de muchos, y los tratados de Historia literaria franceses, que son severos y no conceden alternativas tan fácilmente como aquí, por indiferentismo, se dan a manos llenas, apenas nombran a Catulo Mendés, o no le nombran del todo.

Este fué el marido de la dama que va a dejarse oír en Madrid. Hay quien le define cruelmente llamándole «el rey del símil en literatura».

Ello es que parece haberse despertado en Madrid una gran golosina de conferencias. Cada día se anuncian en mayor número, y cada vez acude más gente a oírlas. Los que hablan del *krak* de la elocuencia se equivocan; la confunden con uno de sus géneros, el ampuloso, hueco y florido, que parece definitivamente en ridículo, aunque, por males de nuestros pecados, todavía colea y asoma su cabeza adornada con infinitas guirnalda y floripondios. Pero la otra elocuencia, la que consiste en decir las cosas bien y de un modo persuasivo, tratando de interesar al público en la exposición de un asunto, lejos de morir está ahora en su apogeo. Se pierde la cuenta de las conferencias dignas de interés que pueden oírse cada semana, y yo declaro que la mayor parte de los oradores merecen ser escuchados y traen enseñanza o deleite envuelto en sus peroraciones.

Algunos hasta aportan esa picazón de inquietud intelectual, tan conveniente para estimular a los espíritus adormecidos, y que origina polémicas, hasta gazerías, en lo cual no veo daño alguno, sobre todo mirándolo como desahogo de una juventud fogosa, y, en el fondo, romántica. Por eso no encontré que hubiese ningún mal en las acaloradas disputas y en los apasionados comentarios que suscitó la lectura de *El Embrujado*, de D. Ramón del Valle Inclán.

El hecho, en sí, no tenía nada de sorprendente. Es frecuente que las Empresas no pongan en escena obras de autores de gran valía. A veces no conviene a sus intereses, que son, claro está, el eje de todas las combinaciones teatrales. Yo no discuto los detalles del suceso, muy complicados, ni doy ni quito a nadie la razón. Me limito a decir que no se trataba de un caso insólito, y además, creo que todo ello no afecta a la honra literaria de Valle Inclán.

Cada día estoy más convencida de que eso del teatro tiene poco que ver con la literatura. O por mejor decir, que no depende estrechamente del mérito literario el éxito teatral. A veces hasta se hallan en contradicción estos dos elementos. En el teatro, lo primordial es llevar gente a la taquilla; dar ganancia, o al menos, no dar pérdidas, defender el negocio. Se me dirá que algo semejante ocurre en el libro. Pero el libro, a la larga, puede hacer reconocer su valor, abrirse camino. En el teatro, si una obra no triunfa las tres primeras noches — lo cual depende muchas veces de circunstancias ajenas a la literatura — cántala muerta.

De todos modos, y aunque no se trate de su literario honor, también comprendo que Valle Inclán haya querido sostenerse, y no dejar ahogada su comedia o su drama, sacándola a luz de la manera que le ha sido posible. Se quiere mucho a estos hijos del entendimiento, y se los defiende *anguibus et rostris*. Cuanto haga un autor en pro de una obra, me parece muy natural y lícito.

Hasta disculpo — y este no es el caso de Valle Inclán, parece ocioso decirlo — a los autores que inventan diabluras para conseguir vender o publicar el fruto de sus viglias. Suele sucederme recibir por correo — entre tantas cosas heterogéneas como me trae el cartero a cada hora, pues son inverosímiles las veces que se reparte correspondencia en Madrid — misivas donde escritores que no conozco me piden que coloque «entre mis amistades» ejemplares de algún libro suyo. Poco sorprendidas que se iban a quedar mis amistades, si yo, que ni les coloco, ni les nombro siquiera, mis propios libros, empezase a recomendarlos eficazmente los ajenos. Hay también quien me ruega que costee la edición de un libro, que los editores

rehusan publicar, y que las Musas aguardan con impaciencia. Claro es que mi cesto de papeles necesita ser de un tamaño exagerado. Y mayor tendría que ser mi bolsa, si a tales requerimientos atendiese.

Apenas me queda espacio para hablar del estreno de *Tabaré*. Lo que hable, será por referencia.

Ante todo, debo decir que el maestro Bretón, días antes de que la ópera se pusiese en escena, mostrábase desalentado. Sin duda ha rendido su espíritu la lucha, ya tan antigua, en pro de la ópera española. Nadie ignora los antecedentes de la cuestión: el fracaso del teatro lírico; los constantes, heroicos esfuerzos para encariñar al público con esa idea, que no me resuelvo a calificar de sueño, porque verdaderamente no conozco su verdadera significación, su alcance. Sincera y concretamente, no puedo decir lo que es ópera española. Será torpeza, pero no he conseguido sacar en limpio si la ópera española es toda ópera compuesta por autores españoles, o si el toque de que la ópera sea española consiste en que los temas musicales sean nuestros, o si más bien, para poder decir que tenemos ópera española, será preciso que se forme aquí una gran escuela musical, con carácter propio e inconfundible, como son por ejemplo las escuelas italiana y alemana. Desde luego, lo último es lo grave. Lo otro ya está realizado. Hay muy buenas óperas escritas por maestros españoles; hay óperas como *Carmen*, de Bizet, con temas españoles y las hay de asunto español, como *El Trovador* y *Don Juan*.

De la última de Bretón he oído decir que es muy notable y bella, y que, si la hubiese escrito un extranjero, sería un completo triunfo. Pero, aquí está lo que ocurre: el público es el primero que deserta de la ópera española. La noche del estreno de *Tabaré* parece que medio teatro se hallaba vacío. Cierta que este año, el Real ha tenido pocos llenos, lo que se dice llenos.

Todos los espectáculos se han resentido, en mayor o menor grado, del malestar económico, que no puede menos de influir especialmente en los gastos que no son de pura y primaria necesidad. El teatro es cosa muy agradable, y los españoles tienen bien demostrada su afición a él; pero tal se van poniendo las cosas, con impuestos y gravámenes, que ya se notan algunos síntomas de que la gente se acostumbra a irse a la cama tempranito. Es probable que florezcan las tertulias del brasero, camilla y cartones de lotería; porque el teatro, que tan al alcance de todos se había puesto con las funciones por horas, ha ido poco a poco, desde el modesto tipo primitivo, subiendo a las alturas inaccesibles a los que no son ricos. Y ricos propiamente dichos no abundan en Madrid.

Los impuestos tienen además la virtud de servir de pretexto para que todo encarezca. A un empresario se le recarga, y él recarga más al público. Es cosa bien sabida.

Ahora, con motivo de las grandes dificultades que ha provocado el impuesto de inquilinato, y de la prima ofrecida por el alcalde a quien encuentre un modo afortunado de substituirlo, han bullido aquellos arbitristas del tiempo de Quevedo, discurriendo exacciones hasta sobre los estornudos y las berrugas. Se ha hablado de imponer contribución a los solteros, que, si lo son de vocación, preferirán pagar y continuar libres, horros y quitos, no diré de mujer, pero sí de obligaciones y problemas económicos muy superiores al importe del impuesto. La soltería, aun castigada, sale más barata que el matrimonio, pensarán los *bachelors* españoles, y en especial los de Madrid.

Recuérdanme estos arbitristas a un gracioso loco que conocí, o mejor dicho, a un semiloco, pues nada rompía, no tenía accesos de furor, y su trastorno mental reducíase a una serie de manías inofensivas, casi razonadas. Este, pues, hallándose en un estado de fortuna menos que mediano, y reducido a vivir de lo que sus convecinos le regalaban, soñaba a veces con modos de ganarse una fortuna, renaciendo en él el hombre de negocios que fué en otro tiempo, en esa forma sencilla y cándida. Una de las veces que se dió a discurrir, afirmó que ya sabía cómo hacerse millonario. ¡Cosa más sencilla! Él había visto el día anterior que un chico, en la calle, vendía un grillo en una jaula de naipes, por un real. Salir aquella misma tarde, al campo; recoger grillos, muchos grillos, un millón de grillos, y ya dueño de los ortópteros, venderlos a real a su vez... «Millón de grillos, millón de reales», repetía, con la calma tenacidad de sus afines.

Y no lo he podido remediar: con motivo del extraño episodio de nuestra vida tributaria, me he acordado de aquel soñador, y de su correría por campos y huertos, para coger en ellos su millón de bicharracos, un ejército negro, estridente, viviente, encarnizado sobre una hoja de lechuga...

## UN LAZARILLO CIEGO, POR WENCESLAO GONZÁLEZ OLIVEROS, dibujo de Carreres



... mi amigo empezó a referirme sus amorosas cuitas

Cuando llegó la hora del crepúsculo y el parque de la populosa ciudad de Z\* comenzó a sumirse lentamente en la sombra, mi entrañable amigo Paco Núñez, recién llegado de lejanas tierras, empezó a referirme confidencialmente sus amorosas cuitas:

— Se trataba, querido amigo, de un capullo de mujer. Alta, esbelta, de una encantadora imprecisión de líneas que sugería ensueños. Todo era vaporoso y matizado de exquisita delicadeza en aquella joven romántica: los sedosos cabellos rubios, artísticamente aliñados; los ojos intensamente azules, en los que se retrataban las intimidades de su alado espíritu, desde la movilidad retozona a la quietud ensimismada; desde el guiño burlón al adormecimiento en insondables ternuras. Para que nada faltase en aquella preciosa mujercita, llamábase Julieta. Ya ves si era nombre no ya capaz de seducir a cualquier Romeo,

sino de sacar de sus casillas a quien, como yo, reuniese, con la vulgaridad de llamarse Paco a secas, una fama bien adquirida de joven-viejo, prototipo de discreción y mesura.

Habituado a pensar, decir y ejecutar mis cosas como las *personas mayores*, pasábame el tiempo ante Julieta, aporreándole los oídos con interminables disertaciones, tan insufribles como sosas, mientras su adiposo papá — cuyo trato me servía de pretexto para frecuentar su casa — encarnizábase a mordiscos con su cigarro puro, derribado sobre una *chaise-longue* y soplando, apoplético, cual fuele de fragua.

La muchacha me atendía; era indudable que me atendía..., en las primeras sesiones; porque después, fuera que su femenil sagacidad adivinara el objetivo de aquellos mis áridos discursos, fuera por su natural travesura de niña mimosa, es lo cierto que al

oírme arremeter contra los atolondramientos de la juventud «origen, causa y raíz de las desventuras todas del individuo, de la familia y de la sociedad», dejaba la silla, encaminábase al piano con aire de cómica desolación y tocaba, invariablemente, la resobada marcha fúnebre de Chopin.

Te confieso que aquella su cotidiana ocurrencia me hacía muy poca gracia; tan poca, que me vi precisado a suspender definitivamente las inaguantables disertaciones. Como por ensalmo, cesaron las malditas marchas fúnebres. Dime tú si no había motivo suficiente para no volver a pisar aquella casa. Pues nada, querido; aguanté la humillación y mil como ella aguantara con tal de someter a mi albedrío aquella fierecilla rebelde. Porque — dirás que fui necio, y con razón — aun no había perdido la esperanza de un arreglo amoroso.

Cierto día, tras un esfuerzo sobrehumano, y sin aprovechar coyuntura alguna propicia, me lancé por los espacios de la gaya oratoria..., pero sobre el clavileño de mi aridez ingrata de matemático: ¡así me resultó ello!

— Julieta, le dije, quisiera que, haciendo abstracción de mi indumento, me considerara usted como lo que soy: como un joven de corazón inflamable e imaginación abierta a todas las esperanzas de femeninas ternuras...

Todo esto — maravilloso en boca de un hortera tan rico en dinero como en sabañones — se lo solté, cerrando los ojos; de una sola embestida.

Oyóla ella con manifiesto estupor, hasta que, desgranando las perlas de su reír gratisimo y atrayente, me dijo:

— ¡Jesús, Sr. Núñez! ¿Pero cuándo le he tratado a usted como a viejo?

— Bien, Julieta, contesté, ya aturrido; yo no digo que..., todo lo contrario..., no..., vamos...

Y preferí no continuar, porque la chiquilla se gozaba locamente en mi atarugamiento.

Después, tirando del segundo registro que a prevención llevaba preparado, observé afectadamente lloricon y lastimero:

— Me llama usted *señor Núñez*; ¿por qué no Paco solo, como yo a usted la llamo Julieta solo?

La traviesa muchacha me dió la contestación del catecismo hasta con el sonsonete de la escuela:

— Porque «los mayores en edad, dignidad y gobierno» merecen ese respeto.

— ¡Pero eso quiere decir que me considera usted incapaz de amarla, como la amo, apasionadamente, locamente!., protesté fuera de mí.

Púsose repentinamente seria, y adoptando aires de ofendida diosa, repuso con voz segura y grave:

— Eso quiere decir que le considero a usted acreedor a mis consideraciones respetuosas... y nada más.

— Luego ¿me rechaza usted?

— ¿Quién dijo tal cosa?, replicó de nuevo jovialmente.

Y luego con mimoso gesto de encanto irresistible, añadió:

— Y no le rechazo, porque me hace usted muchísima falta. Figúrese que en cuestiones de amor camino a ciegas: ¿cómo desperdiciar esta ocasión de procurarme un lazarillo tan culto, tan docto y tan... matemático como usted? Perdónese si soy egoísta: ¿aceptará usted el oficio?

— Con alma y vida, creo que contesté, entre abatido y despechado.

Si aquella su ocurrencia era una chanza, demostraba tener la tal Julieta un alma muy pequeña; decididamente, muy pequeña y muy ruin y muy cruel. Si, por el contrario, la frase había salido de su boca sin ánimo de burla, ¡oh entonces!, ¡qué candorosa confianza la de aquella niña que se entregaba ciegamente a mí, su lazarillo-amante! Y la verdad es — cavilaba yo — que no cabe interpretar su ofrecimiento sino en este sentido, porque ni yo tengo nada de payaso, ni ella nada de grosera; y ambas cosas serían necesarias para tomar sus frases como burla procaz y no como efusión amorosa.

Observo, querido, que te sonríes con todos los visos de considerarme estulto por aquella época; a lo cual añado — a más de mi asentimiento — que desde entonces no concibo calamidad mayor que un gémetra improvisando tiernos madrigales.

Vine en la cuenta de que el gran enemigo, desbaratador artero de mis ilusiones, estaba dentro de mi persona. Sí; eran aquel mi sesudo aspecto y frío razonar de matemático los más encarnizados debeladores de mi dicha, los que habían estado a punto de perderme cuando terció Cupido de por medio y me puso, por acacamiento extraordinario en mí, el corazón a la vanguardia de la cabeza...

Decidí, pues, arrojar el peligroso lastre por la borda y así lo hice; pero tamaña metamorfosis de mi carácter, sobre no ser normal, había sido demasiado brusca y debía reanudar la serie dolorosa de mis tremendos fracasos.

Debo confesarte que mi asunto con Julieta marchaba, a mi juicio, viento en popa. Hasta llegamos, en cierta intimidad expansiva, a chancearnos juntos

de mi añejo afán por urdir un discurso formidable en la punta de una aguja.

Proyectóse celebrar la fiesta onomástica de mi adorada Julieta con una reunión de *confianza* en los «ostentosos salones de su oriental mansión», según frase de un chirle reportero, y en ella me presenté yo, de punta en blanco, la tarde aciaga de la fiesta,

*dantia cordis...*», pensaba yo tristemente. Tuve que violentarme para no prorrumpir en iracundas invectivas. Al fin, con sonrisilla irónica, logré decirle:

— Los oficios con que usted, Julieta, honra mi insignificancia son demasiado preciosos y estimados para que no me apresure a cumplirlos con diligencia: ¿cree usted ocasión oportuna esta tarde para que me estrene como lazarillo, según sus deseos?

Enrojóse la muchacha y fingiendo una asombrada extrañeza contestó:

— Me sorprenden sus insinuaciones; francamente, no estamos en ese caso...

Yo insistí secamente:

— No diría otro tanto el *tenientillo* ése...

— ¿El *teniente* Velasco, dice usted? ¡Si no me ha dicho nada que merezca la pena!.

— Precisamente, señorita, barboté, precisamente. Las frases de fuego que nos llegan al alma; las que llenan el pecho de suspiros y ahogan la voz en oleadas de emociones dulcísimas y florecen embriagadoras en los labios cuando llega el momento de las despedidas tiernas y apasionadas..., ¡tiene usted razón, *no merecen la pena* de marchitarse en los oídos groseros o indiferentes del vulgo!

Tan fogosa andanada la emocionó y, por un momento, pareció abatirse bajo la pesadumbre de mis *acusaciones*. Después invadió su rostro una ternura infinita. A través de las facciones veía yo cómo su alma se extasiaba; se abstraía; se idealizaban con ella, también, aquellos ojos profundos, insondables. Comprendí, despechado, que toda mi elocuencia no me había servido sino para evocar en la niña romántica las primicias dulces de su nacimiento amor.

¡No me explico por qué no me dió las gracias, a juzgar por la mirada de gratitud en que me envolvió, más tarde!

Yo, ruiendo mejor que hablando, insistí:

— Supongo que no se atreverá a negarme lo evidente. Por lo tanto, entro en funciones de lazarillo desde ahora.

Aquel tono sorprendió a la muchacha, hasta el punto de recobrar, de un golpe, su despreocupación y travesura habituales. Brilló un relámpago de malignidad en sus pupilas; suspiró mimosamente, y acentuando sus frases con expresivos gestos, me lanzó la siguiente réplica:

— ¡Oh, cómo lo deploro, señor! Porque observo que pisa usted en falso con demasiada frecuencia y yo, pobre ciegucecita, no quiero exponerme a caer...

Y se alejó, como nunca encantadora y adorable, llevándose consigo las primeras, y las únicas, ilusiones risueñas de mi vida...

Noté que la voz de mi amigo temblaba. Y yo respeté piadosamente aquella involuntaria elegía, mientras, como en tiempos de Ovidio, sobre la inmovilidad silenciosa y fantástica del jardín, la alta luna regía, plácidamente, sus caballos...

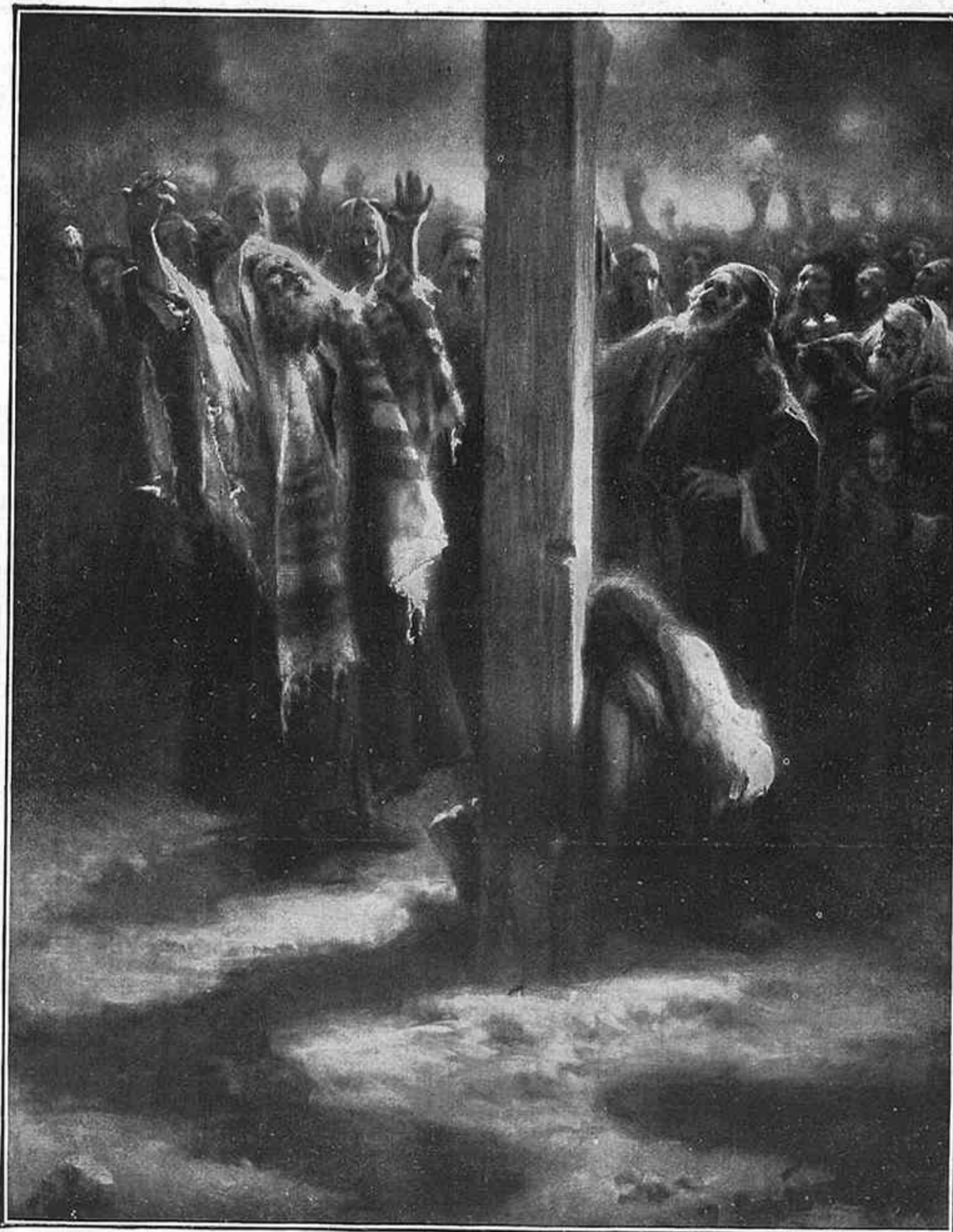
#### PINTURAS RELIGIOSAS

En esta página y en la siguiente reproducimos tres cuadros de asunto religioso, dos de ellos de autores contemporáneos y el tercero del gran artista flamenco Pedro Pablo Rubens.

Juan Styka es un pintor polaco residente en París; su obra *Odio y amor* nos presenta el drama del Gólgota bajo un aspecto nuevo, de gran intensidad de sentimiento. Al pie de la Cruz, la Magdalena, símbolo de un amor santo; alrededor de ella una multitud de judíos, que, movidos del odio más implacable, lanzan imprecaciones contra el Salvador aun después de crucificado.

El tríptico de Lovis Corinth es una obra maestra de un vigor extraordinario. Lo mismo la figura del Crucificado que las del apóstol San Pablo y del evangelista San Mateo, están trazadas con una firmeza y una expresión que denotan la mano de un artista de gran valer.

Del lienzo de Pedro Pablo Rubens sólo diremos que pertenece al primer período del gran maestro y que se considera como una de sus mejores producciones.



Odio y amor, cuadro de Juan Styka

Hervían de animación y murmullos los salones, cuando aparecí en ellos. Aprecié de una rápida ojeada la situación; y queriendo aparecer refinadamente cortesano, me encaré con un grupo de señoritas, sobre las que descollaba Julieta como Calipso en su maravillosa insula, y me incliné en una clásica reverencia, llevándome la diestra mano al corazón y atravesando el pie correspondiente..., pero las pulidas suelas de mis zapatos se deslizaron sobre el bruñido pavimento; el instinto de conservación surgió en mí brutalmente, y trompicando, pugnando por enderezarme, embestí, a mi pesar, sobre aquel grupo de fugitivas driadas, con la cabeza baja, como fauno en celos...

Cuando logré conservar el equilibrio, vi, a través de mis pupilas turbias, cómo me rodeaban todos retorciéndose en clamorosas carcajadas. Me zumbaban estrepitosamente los oídos y sentía ascender por las mejillas oleadas de fuego. Cuando las venas de las sienes me vibraban como acerados alambres y me sentía próximo a caer, congestionado, acercóseme Julieta y me condujo al jardín, diciendo entre indignada y confusa:

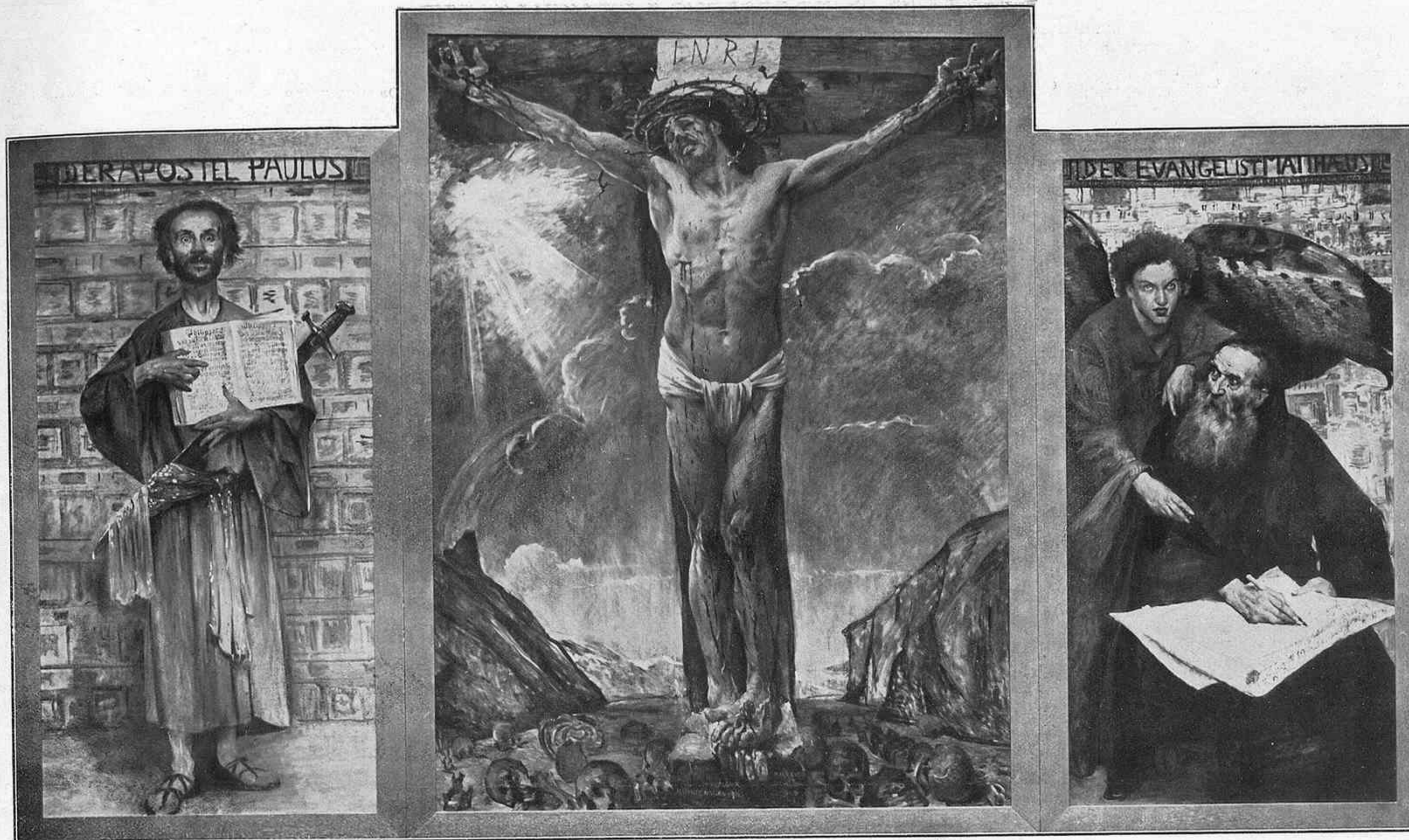
— ¡Jesús, qué desconsiderados! ¡Qué falta de caridad y de respeto!

— ¡Eso!, repuse yo, indignado contra mí mismo por no ocurrírseme nada más ingenioso...

Al serenarme y volver en mí, halléme solo en un banco apartado. De pronto, percibí crujidos en la arena. Alguien se acercaba. Miré y ¡más me valiera haber cegado!, porque vi a Julieta escuchar pudorosa, con los ojos bajos, las amorosas confesiones de un tenientillo de ingenieros que la arrullaba temblorosamente, quedamente, en el recato de la fronda...

Yo, a hurto de sus miradas, los veía, conteniendo la respiración sibilante... Luego se despidieron; pero ¡cómo, gran Dios!, con una mirada infinita; una mirada como no he visto otra, profunda, turbada, inefable, mientras sus manos se entrelazaban blandamente, con éxtasis que hubiera parecido exagerado como para exacerbar malignamente mis torturas...

Sali de mi escondrijo y brujulé un instante entre la concurrencia, hasta que la encontré. Me recibió ostentando una locuacidad extraordinaria: «*ex abun-*



El Gólgota, tríptico de Lovis Corinth. (Gran Exposición de Bellas Artes de Dresde, 1912.) (Reproducción autorizada por el Salón de Arte de Pablo Cassirer, de Berlín.)



Altar de San Ildefonso, obra de Pedro P. Rubens que se conserva en el Museo Real e Imperial de Viena  
(Reproducción autorizada por la Gesellschaft für vervielfältigende Kunst, de Viena.)

## LA GUERRA DE ORIENTE. (Fotografías de Argus Photo-Reportage y Carlos Trampus.)

Desde nuestra última crónica, el hecho culminante de esta guerra ha sido la toma de Janina, que ha coronado de éxito el esfuerzo de los griegos en el Epiro.

El ataque general contra los fuertes empezó el martes, 4 del actual. El príncipe heredero de Grecia, comandante en jefe del ejército del Epiro, había dividido sus fuerzas en tres columnas. La infantería tiraba desde sus posiciones contra las trincheras del enemigo, que se vió obligado a poner todas sus tropas en línea de batalla y a servir de todas sus baterías. La artillería griega aprovechó la ocasión para abrir un fuego violento contra los turcos, causándoles grandes pérdidas en hombres y material. El fuego duró toda la noche.

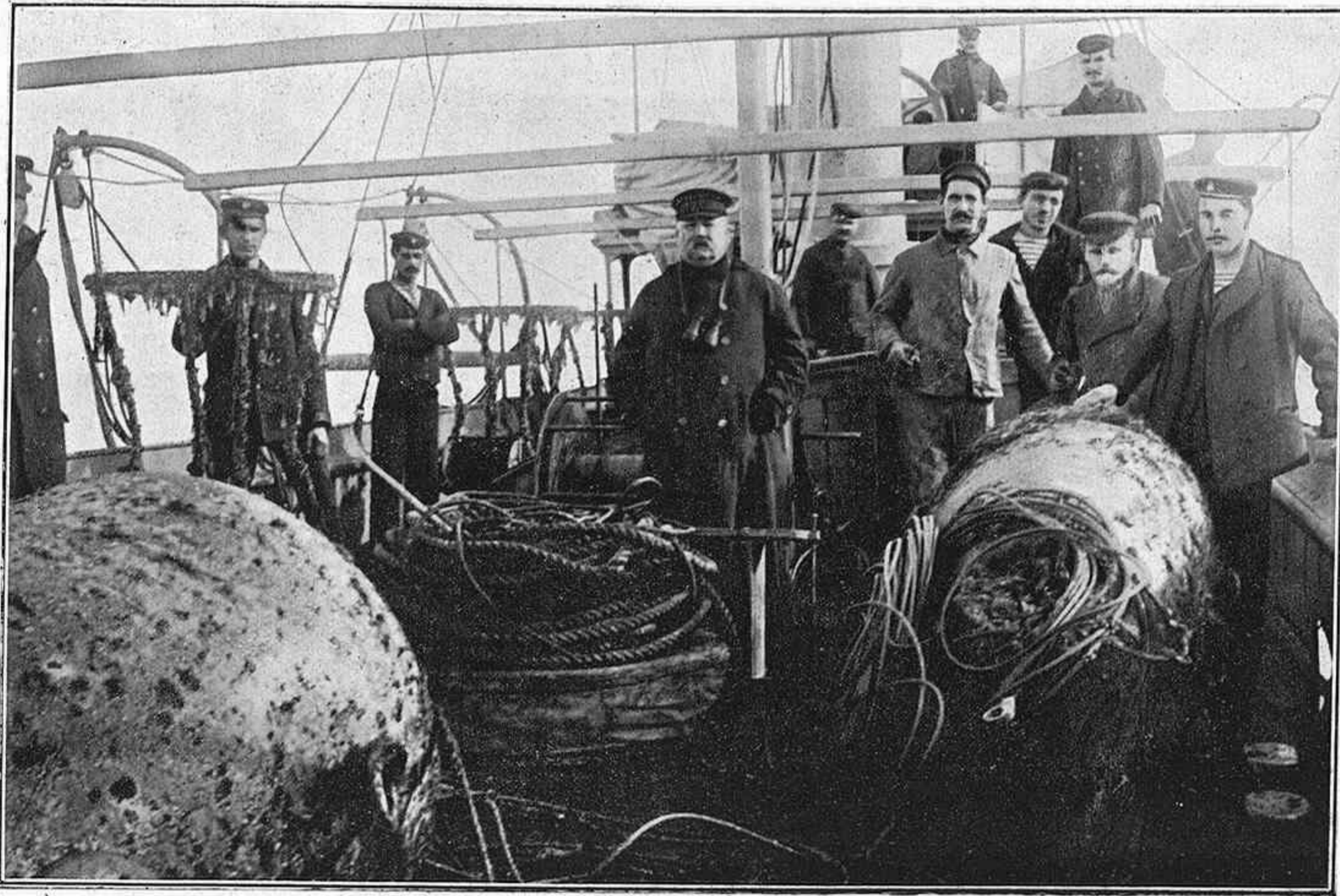
El día 5, los griegos procedieron a un ataque general: la derecha y el centro de su ejército debían distraer al enemigo, mientras el ala izquierda lo atacaba bruscamente. La marcha de concentración en todas las columnas hacia el ala izquierda se ejecutó con admirable precisión y el enemigo, que no se dió cuenta de ese movimiento, fué sorprendido.

La guarnición prisionera se componía de unos treinta y ocho mil hombres, y en el botín figuraban, además, más de un centenar de cañones.

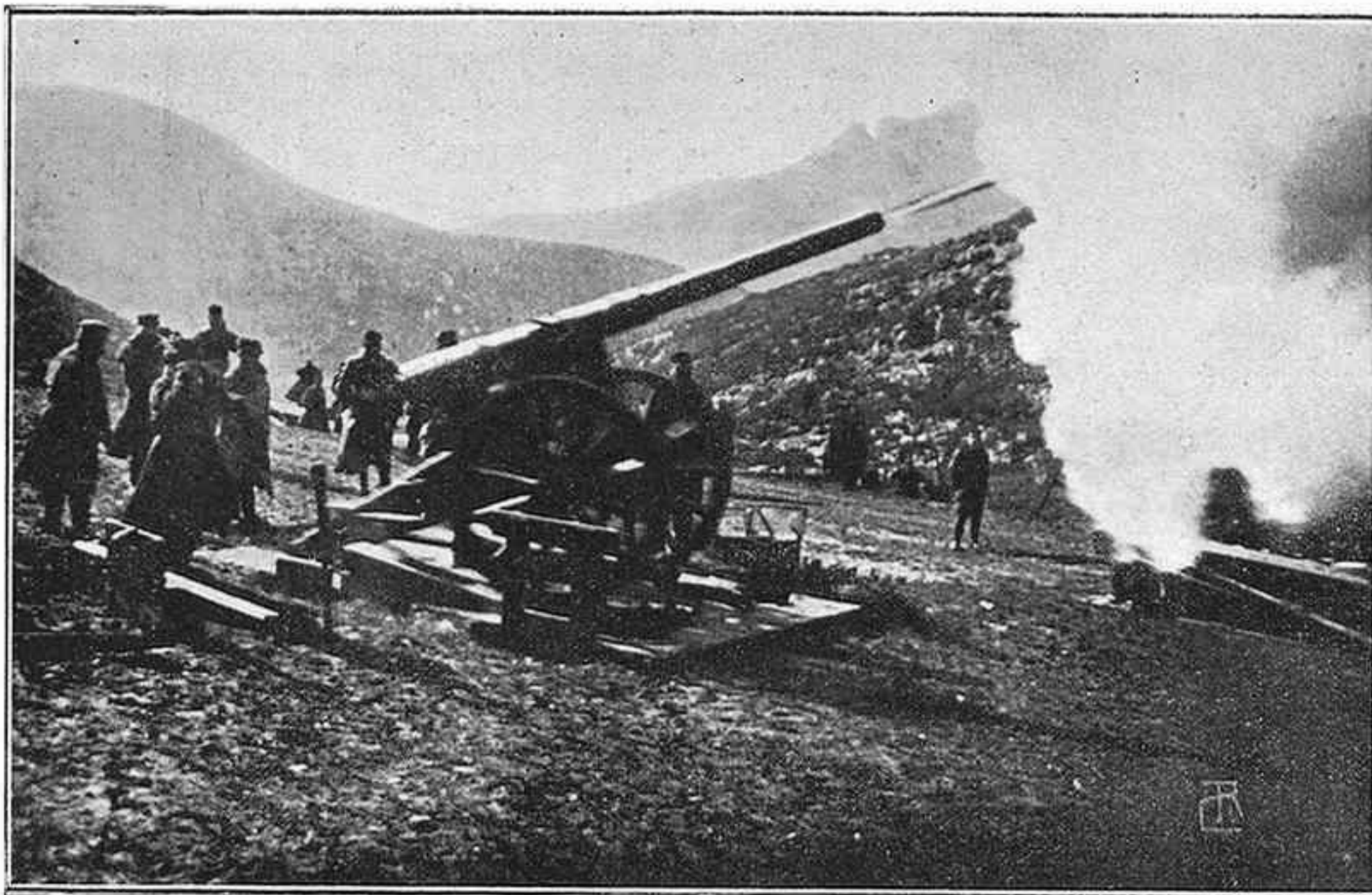
El entusiasmo producido por esta victoria en toda Grecia ha sido indescriptible. La ciudad de Pireo ha acordado erigir en una de sus plazas un monumento ecuestre en honor del príncipe heredero.

En cambio, este nuevo descalabro turco ha causado penosísima impresión en Constantinopla. Desde el día 9, empezó a correr en esta capital el rumor de que el Consejo de Ministros había resuelto reanudar la guerra a todo trance, pero luego semejante rumor ha sido desmentido, aunque se hacía notar, en los centros oficiales, que si las condiciones de los aliados son las anunciadas por los periódicos, la conclusión de la paz será difícil, sobre todo porque la Puerta no aceptará jamás el pago de una indemnización.

Según impresiones recibidas en varios círculos de los Jóvenes Turcos, soplan, desde hace unos días vientos de intransigencia, hasta en lo concerniente a la

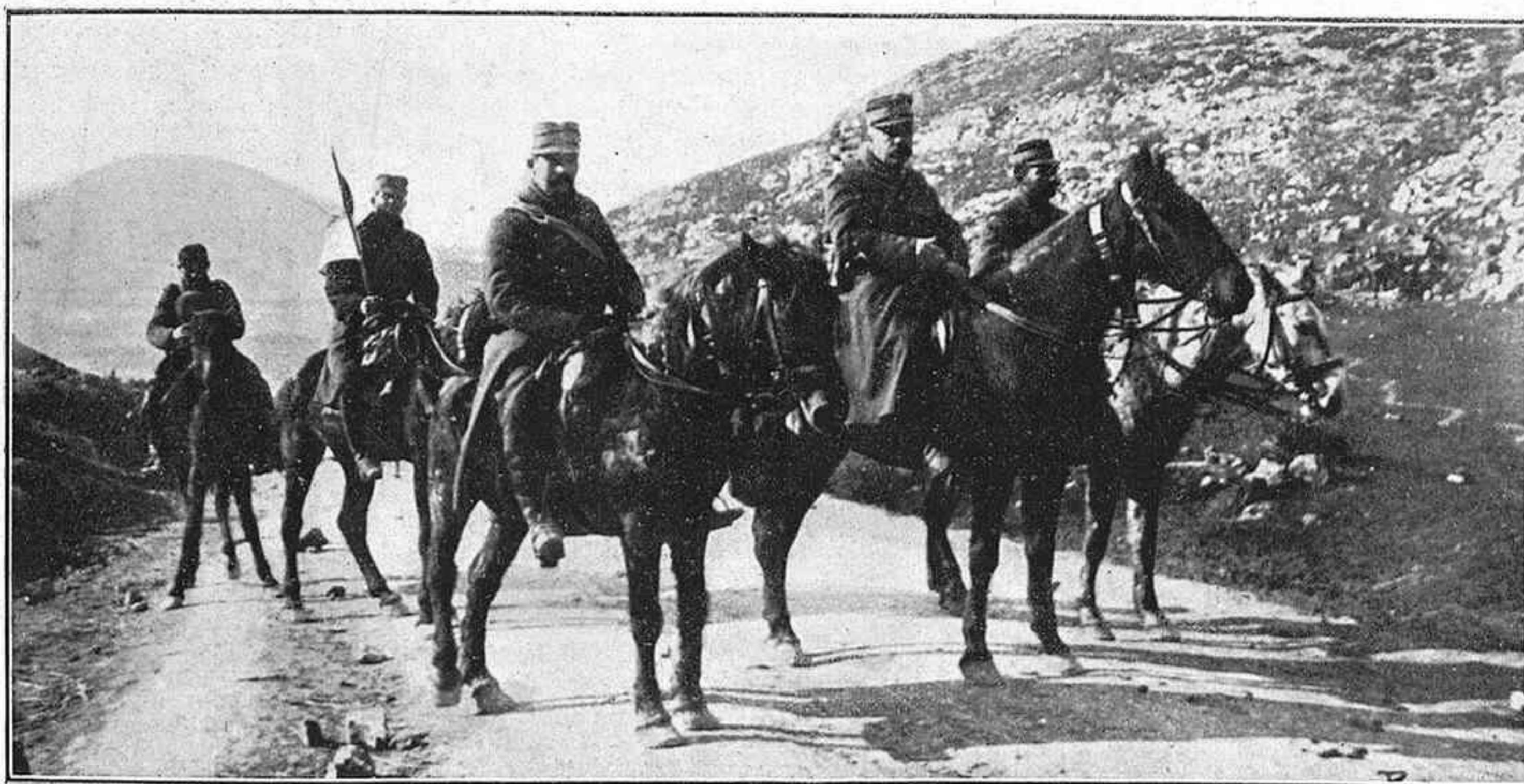


Los griegos sacando los torpedos sumergidos por los turcos en Carabarúm para proteger a Salónica



Rendición de Janina. - Cañones de sitio griegos bombardeando sin interrupción el fuerte de Bizani. - El heliógrafo en el campamento griego, en frente de Janina

Desde aquel momento, los turcos se batieron en retirada hacia la ciudad, pero, atacados por todas partes por los griegos, tuvieron que capitular al día siguiente. Janina, con todas sus fortalezas, se rindió al ejército helénico. El protocolo de la rendición, firmado por Esad-bajá y por el príncipe heredero estipulaba que las tropas turcas que se encontraban aquel día en la plaza, quedaban prisioneras de guerra; que el material de guerra, armas, banderas y caballos turcos serían entregados al ejército griego, y que los oficiales, los soldados, los heridos y los enfermos quedaban sometidos desde aquel momento a los griegos como prisioneros de guerra.



Rendición de Janina. - Los jefes de la Cruz Roja griega de vanguardia, cerca del fuerte Bizani

cuestión territorial.

Trátase de relevar varios miembros del Estado mayor general y se dice que oficiales y tropas piden, en gran mayoría, la continuación de la guerra.

En cuanto a la diferencia rumano-búlgara, que tantas inquietudes causa en toda Europa, es de esperar que se arreglará en la conferencia de San Petersburgo, donde llegó el príncipe Ghika, ministro de Rumania, provisto de poderes muy amplios.

Si resultan ciertas las últimas noticias que llegan del teatro de la guerra, la situación de los aliados resultaría bastante crítica.

Dice, en efecto, *Le Journal* que en Nigrita se ha librado un combate entre búlgaros y griegos, en el que ha habido numerosas bajas por ambas partes.

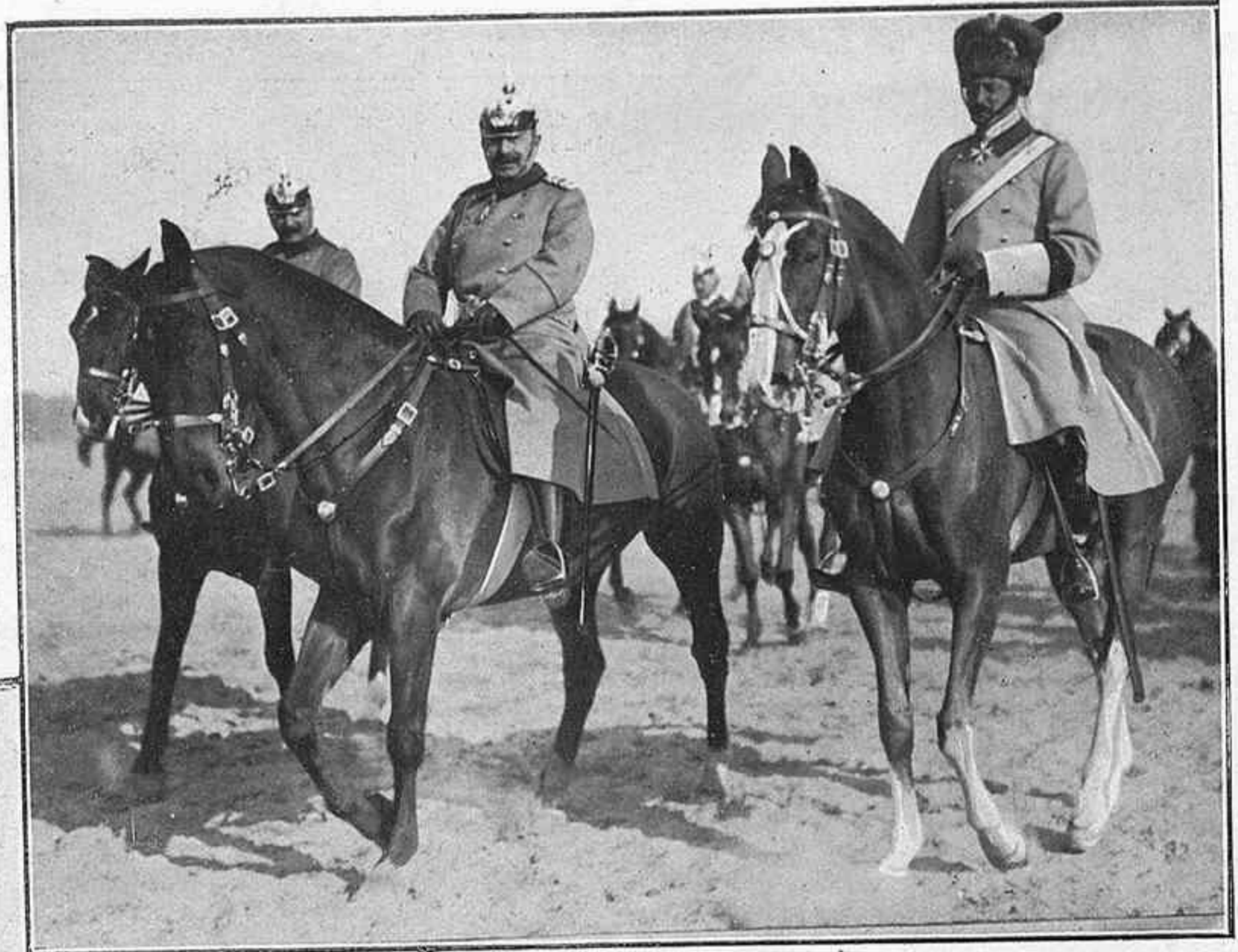
LOS REYES DE DINAMARCA EN BERLÍN

El día 24 del pasado mes de febrero llegaron a Berlín, por la estación de Lehrte, el rey y la reina de Dinamarca con el objeto de visitar al emperador Guillermo.

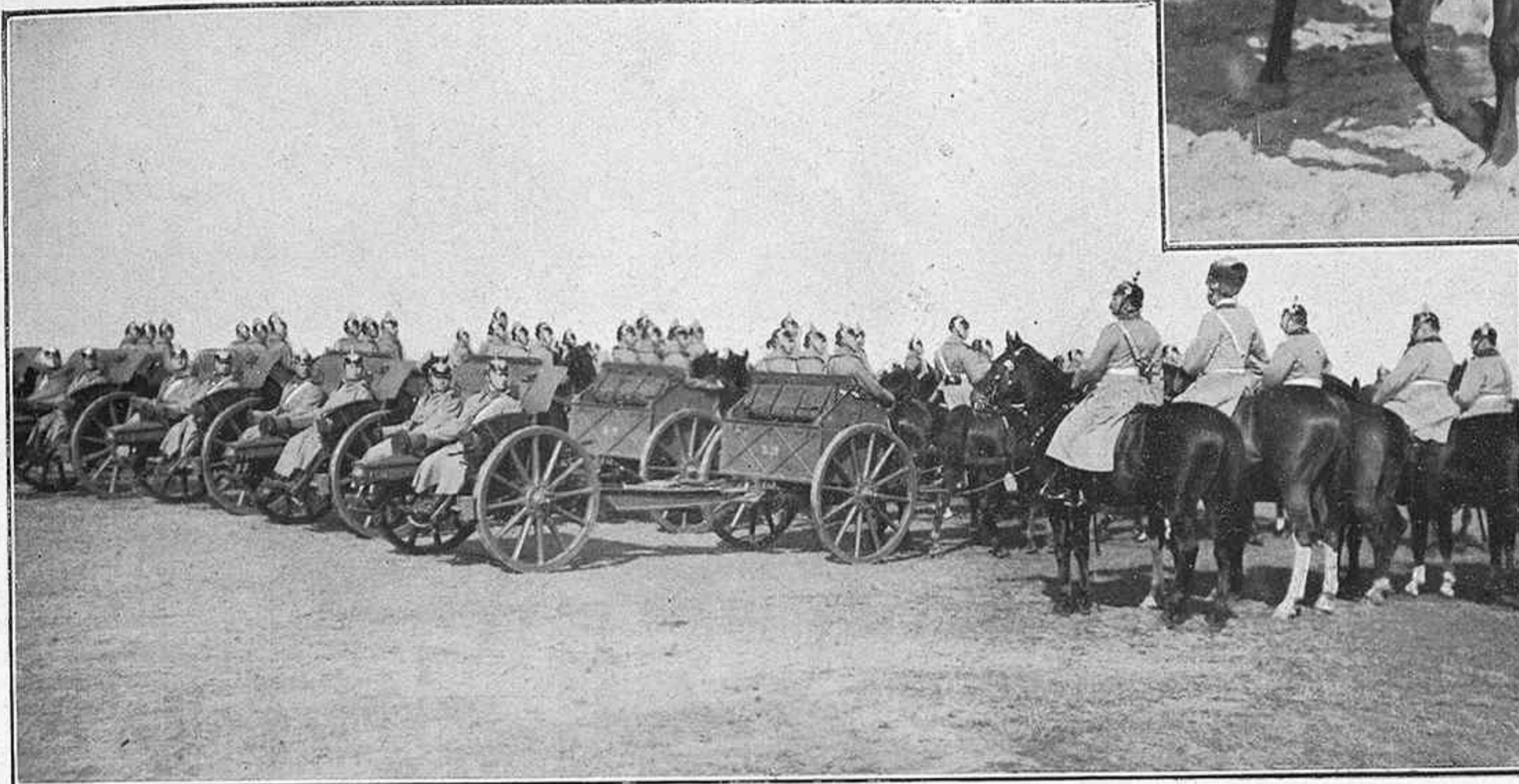
El Emperador y la Emperatriz, rodeados de príncipes, princesas, altos dignatarios de la Corona y de la Corte, canciller del Imperio y de los generales y almirantes presentes en Berlín acudieron a la estación para recibir a los soberanos dinamarqueses a los cuales saludó, dándoles la bienvenida, el primer burgomaestre de la ciudad, el cual ofreció a la reina un ramo de rosas y de orquídeas.

El Emperador hizo cinefotografiar la llegada de los soberanos, el cortejo hasta Palacio y el desfile de las tropas que rindieron los honores.

En los centros políticos se atribuye gran importancia a la visita de los reyes daneses y el periódico *Post* ha escrito que «pues ahora las naciones de la misma raza procuran unirse y formar grandes agrupaciones de razas, y las razas eslava y latina se estrechan de cada vez más en torno de la germá-



Berlín.-Guillermo II de Alemania y Cristián X de Dinamarca en la revista militar de Bornstadt. (De fotografías de Carlos Trampus.)



Berlín.-Desfile de la artillería ante los soberanos al terminar la gran revista militar

nica, los reinos nórdicos deberían entenderse políticamente y militarmente con Alemania. El medio más seguro de llegar a esta inteligencia sería realizar en seguida una aproximación entre las cortes de Estocolmo, de Cristiania y de Copenhague.

»Por tanto, la aproximación de Dinamarca y Alemania no podría hacerse sin que esta última potencia reconozca la realidad de los hechos consumados, estos es, acepte la mutilación de 1864.»

Durante su estancia en Berlín han sido los reyes muy agasajados y el rey Cristián X asistió en compañía de Guillermo II a la gran revista militar cele-

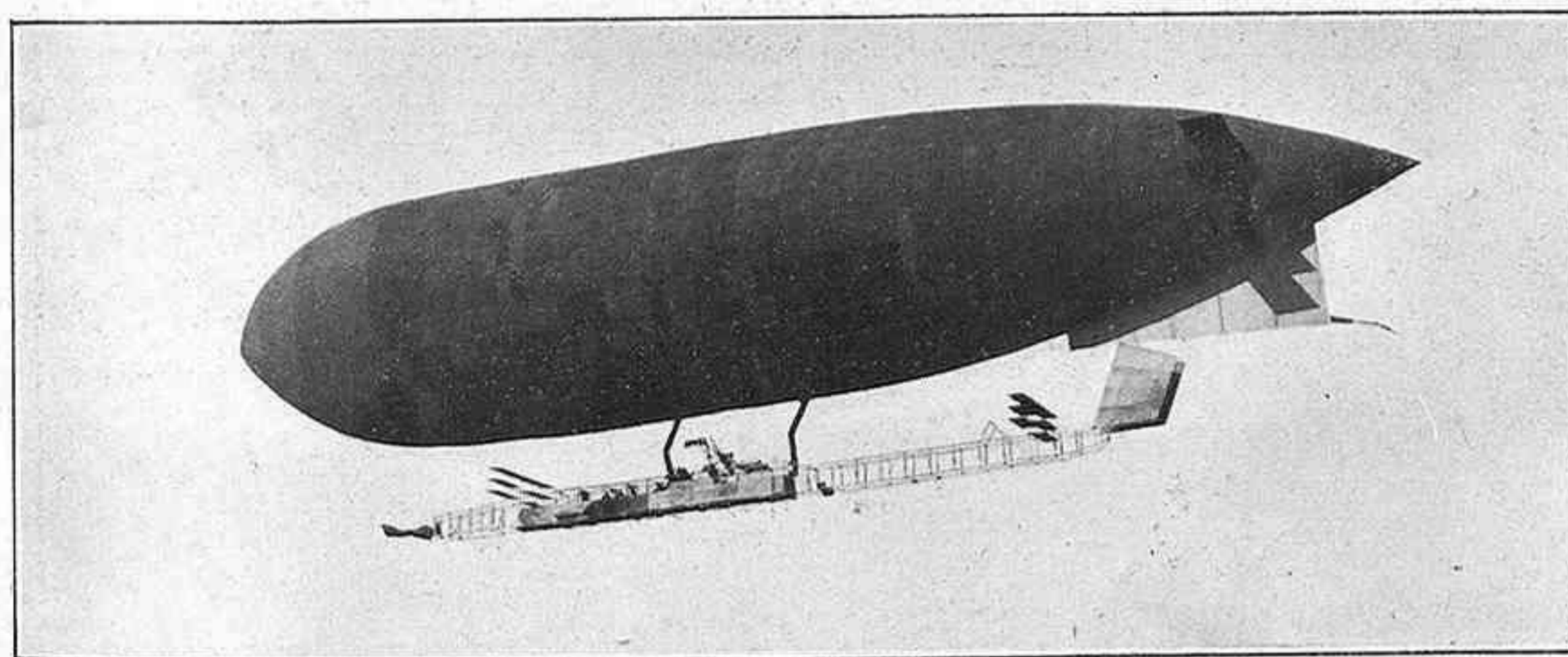
tros dos países continúan desarrollándose en lo porvenir sobre la base de una confianza recíproca y de una armonía perfecta de nuestros pueblos unidos por un parentesco de raza, conservando cada uno los rasgos nacionales que le son propios.»

PRIMERA SALIDA DEL «ASTRA XIII»

El dirigible *Astra XIII* destinado al gobierno ruso comenzó el día 11 del corriente los ensayos que deben preceder a su aceptación por los delegados científicos de San Petersburgo. A las nueve de la mañana salió de su hangar de Issy-les-Moulineaux, y, después de haber evolucionado durante una hora por cima de los terrenos del Oeste del parque aviatorio, volvió felizmente a su punto de partida.

Aunque no se procedió a tomar medidas exactas de la velocidad de su marcha en esta su primera salida, se pudo no obstante apreciar que fué superior a 60 kilómetros por hora.

Las características de este dirigible son: longitud, 80 m.; largor de la barquilla, 43 m.; diámetro, 16 m.; lleva dos motores de 200 caballos cada uno; dos hélices de 4 m. y otra de 6. Su volumen es de 10.000 m<sup>3</sup>.

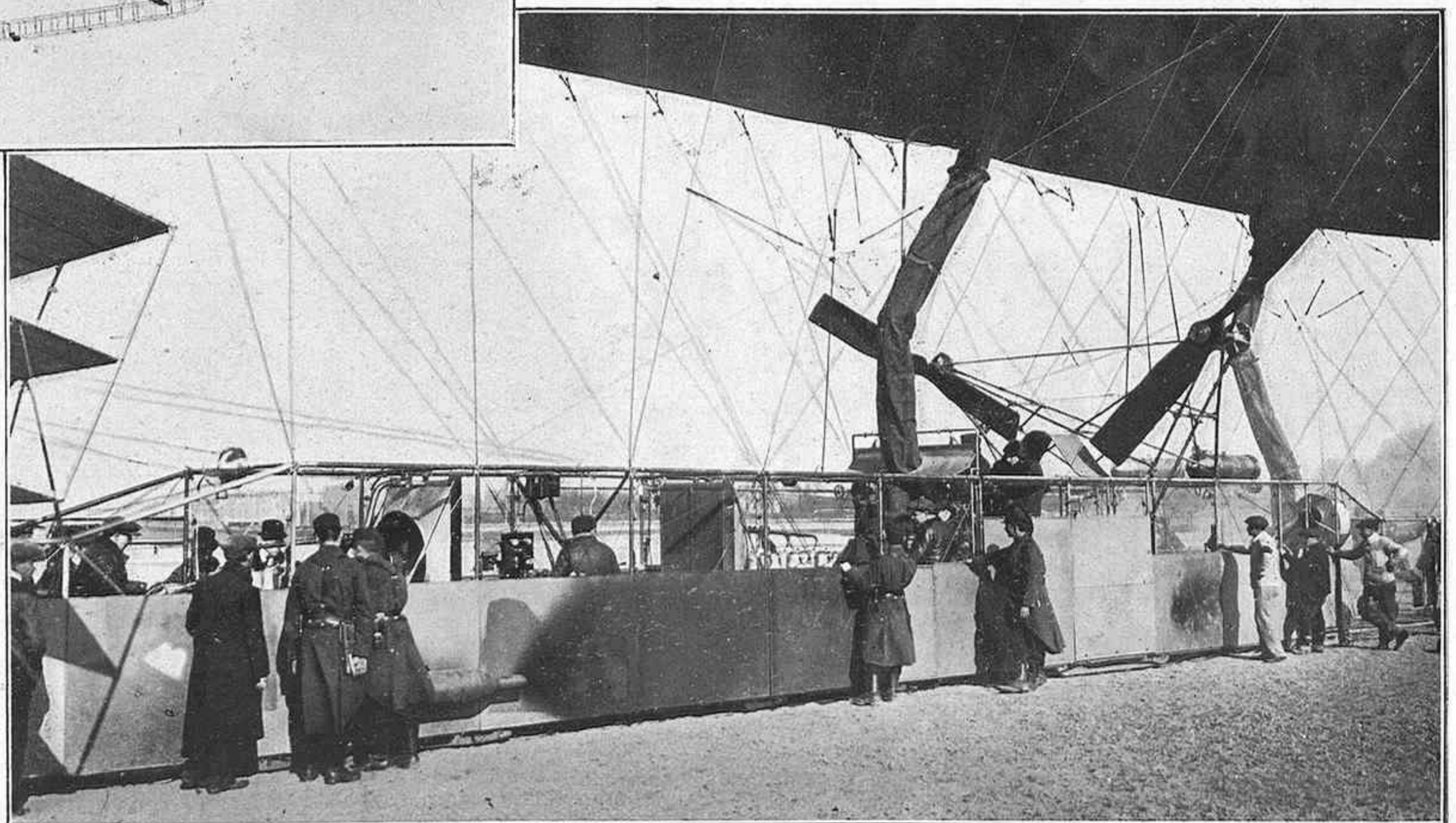


Primera salida del nuevo dirigible «Astra-Torres»

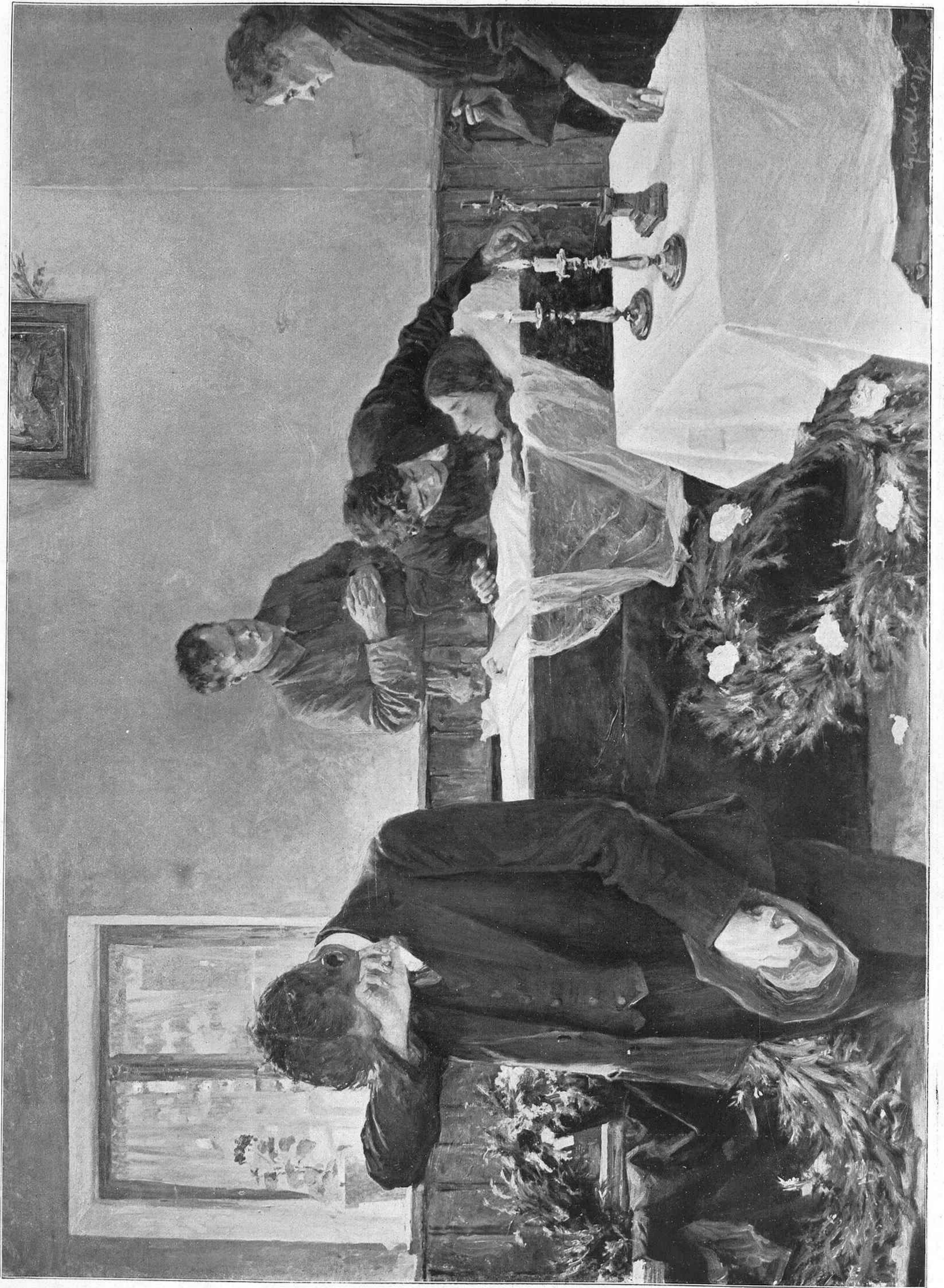
brada en el Campo de Bornstad, cerca de Potsdam en honor de los soberanos.

El día 25 celebróse un gran banquete en obsequio de los monarcas, en el salón blanco del palacio real de Berlín y el Emperador, en un elocuente brindis, expresó a sus regios visitantes el placer que le causaba su visita y tuvo palabras muy significativas de la aproximación de que antes hemos hecho mérito.

«Puede estar cierto Vuestra Majestad, dijo, de que los júbilos con que mi villa, mi capital, y mi residencia os ha acogido, son también mis sentimientos de calurosa amistad, y que asimismo deseo y es mi firme voluntad y la de mi gobierno conservar y fomentar las relaciones de nuestros países en interés recíproco y para el bien de los dos pueblos.»



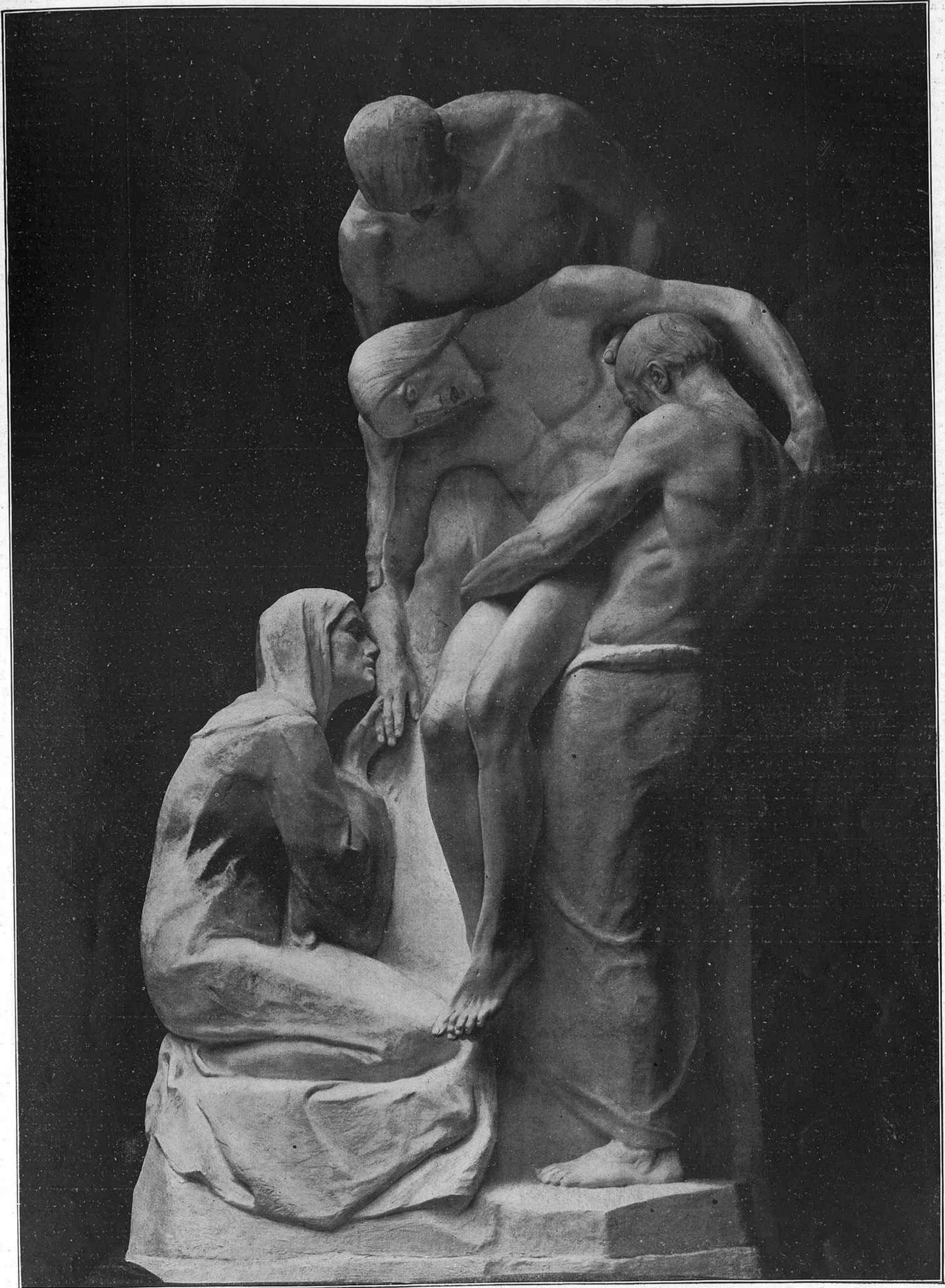
La barquilla del dirigible «Astra-Torres» destinado al gobierno ruso. (De fotografías de M. Rol.)



EL SUPREMO ADIÓS, cuadro de Francisco Guillory



OBRAS NOTABLES DE LA ESCULTURA MODERNA



EL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ, escultura de Enrique Spleth

ARISTÓFANES Y EURÍPIDES

EN EL «TEATRO DEL POPOLO» DE MILÁN

El teatro griego, que ha conservado durante tantos siglos la pujanza de su vitalidad, encerrada en sus moldes lingüísticos que la hacían asequible solamente a los eruditos, ha manifestado siempre su valer de muy diversas maneras.

En la Universidad de Oxford (Inglaterra) casi anualmente los estudiantes representan alguna obra clásica, ¡pero en griego! En Alemania mismo se representan con frecuencia las obras clásicas; pero sin orden, diríamos sin vida. Nada de cuantos conatos se han hecho hasta la fecha para representar las obras maestras del teatro griego puede competir con el resultado magnífico que ha producido la impropia labor de Héctor Romagnoli, profesor de literatura griega en la Universidad de Padua, infatigable helenista que trabaja hace ya quince años en la traducción fidelísima del antiguo teatro griego.

Pero no se crea que la obra de Romagnoli sea solamente una mera traducción, sino que es en realidad la obra admirable de un poeta y de un apóstol; es la reconcepción de la obra de otro artista haciéndola viviente, llenándola de actualidad; guardando, empero, el estilo, el ritmo, el colorido; es el remontarse a los orígenes del arte y del pensamiento de nuestra raza latina, divulgar el secreto de la belleza antigua, demasiado oculta a nuestros ojos por los rancios y celosos prejuicios de los eruditos.

Así se comprende que las comedias de Aristófanes y las tragedias de Eurípides traducidas por Romagnoli hayan obtenido un éxito colosal al ser representadas en el «Teatro del Popolo» de Milán, tanto que los nombres de esas dos lumbreras del teatro griego gozan hoy de tal celebridad actual, no clásica, que para sí la quisieran los mejores autores contemporáneos.

Gracias a la obra de Romagnoli puede decirse que se ha desatado un impetuoso entusiasmo helénico en Milán. El público durante varias noches consecutivas ha abandonado los elegantes teatros del centro para llenar de bote en bote el austero y excéntrico «Teatro del Popolo», donde se han representado las *Bacantes*, *Alceste* y el *Cíclope*, de Eurípides, y las *Nubes*, de Aristófanes.

Ya hemos hecho antes mención del cuidado con que ha procedido el distinguido profesor de la Universidad de Padua a la traducción de las joyas del teatro griego. Hemos de hacer constar ahora que el mismo esmero ha puesto en que la *mise en scène* aproxime el teatro antiguo a la óptica y sensibilidad modernas, conservando cuanto hay en él de útil y esencial.

Las obras griegas arregladas por Romagnoli se aproximan más a la ópera moderna que al moderno drama. La música de los coros se había perdido. Romagnoli la ha recompuesto, pero muy sobriamente, ateniéndose al estilo de los pocos fragmentos que de música griega antigua se conservan. Ha mantenido la separación clásica de los personajes que representan en el palco escénico, y de los coristas que danzan y se mueven en la or-

Juzgando, pues, del recogimiento con que el inmenso público sigue las representaciones del «Teatro del Popolo» y de los calurosos aplausos tributados a Romagnoli y a los jóvenes actores (alumnos, en su mayor parte de la Universidad de Padua) fuerza es concluir que la resurrección del teatro griego es

*Sauro* (alazán), de la señora Jacouneikoff; *Moon-light* (luz-lunar), de la marquesa Borbón; y *Cenerentola* (Cenicienta), de la señorita Santa Borghese.

Estos cinco corceles, montados por sus dueñas, hicieron el recorrido salvando obstáculos de 1,20 m. de altura. Quedó en esta carrera, decisiva para el primer premio, fuera de concurso el *Noumar*, y en nuevo recorrido, y salvando obstáculos de 1,40 m., obtuvo el primer premio *El Sauro* (alazán) montado con destreza suma por la intrépida señora Jacouneikoff, cuyo triunfo fué acogido con unánimes aclamaciones.

Este concurso originalísimo ha despertado gran entusiasmo en todos los círculos deportivos ecuestres, y entretuvo agradablemente al público que acudió a presenciarlo, y a quien llamó principalmente la atención la limpieza con que la ganadora del primer premio salvó todos los obstáculos.

EL NUEVO PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS

El presidente Wilson, elegido el 4 de noviembre último, ha ocupado el 4 del corriente el poder, por ésta la fecha marcada por la ley para este acto, fecha inmutable, toda vez que en caso de muerte del presidente o vacante accidental de la presidencia por cualquier otra causa, el vicepresidente elegido al mismo tiempo que el presiden-

te es quien *de jure* le sucede por el resto del período presidencial de cuatro años.

La toma de posesión del nuevo presidente se ha verificado con la solemnidad y pompa en tales casos acostumbradas, que están muy lejos de ser lo que más aprecia Mr. Wilson, verdadero amante de la sencillez, como se ve en el grabado adjunto en que se nos presenta modesto, rodeado de su familia.



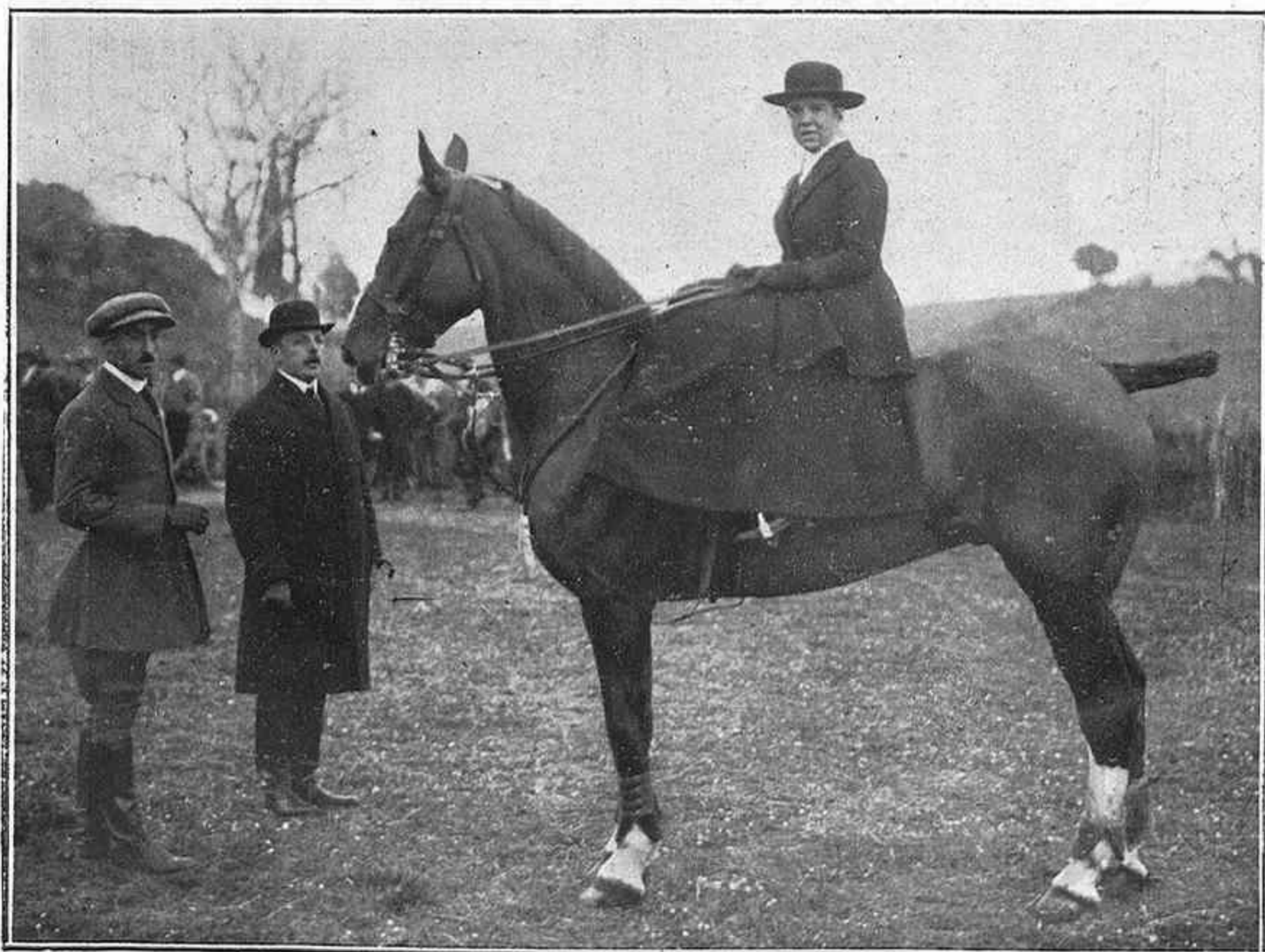
Milán. - Resurrección del teatro griego. Una escena de la tragedia de Eurípides «El Cíclope» (De fotografía de Argus Photo-Reportage.)

un hecho debido a que éste tiene en su esencia tanta vitalidad que puede siempre producir sobre el auditorio una fascinación irresistible.

PRIMER CONCURSO HÍPICO DE SEÑORAS

En el «Camile», a los pies de la pintoresca colina de Tor Fiorenza, celebróse ha pocos días el primer concurso hípico para amazonas de que se tiene noticia. Toda la aristocracia romana y un público inmenso y selectísimo acudió para presenciar la curiosísima carrera a la que precedió un concurso de caballeros, con obstáculos, en el que ganó el primer premio el capitán conde Pablo Emilio Arrivabene.

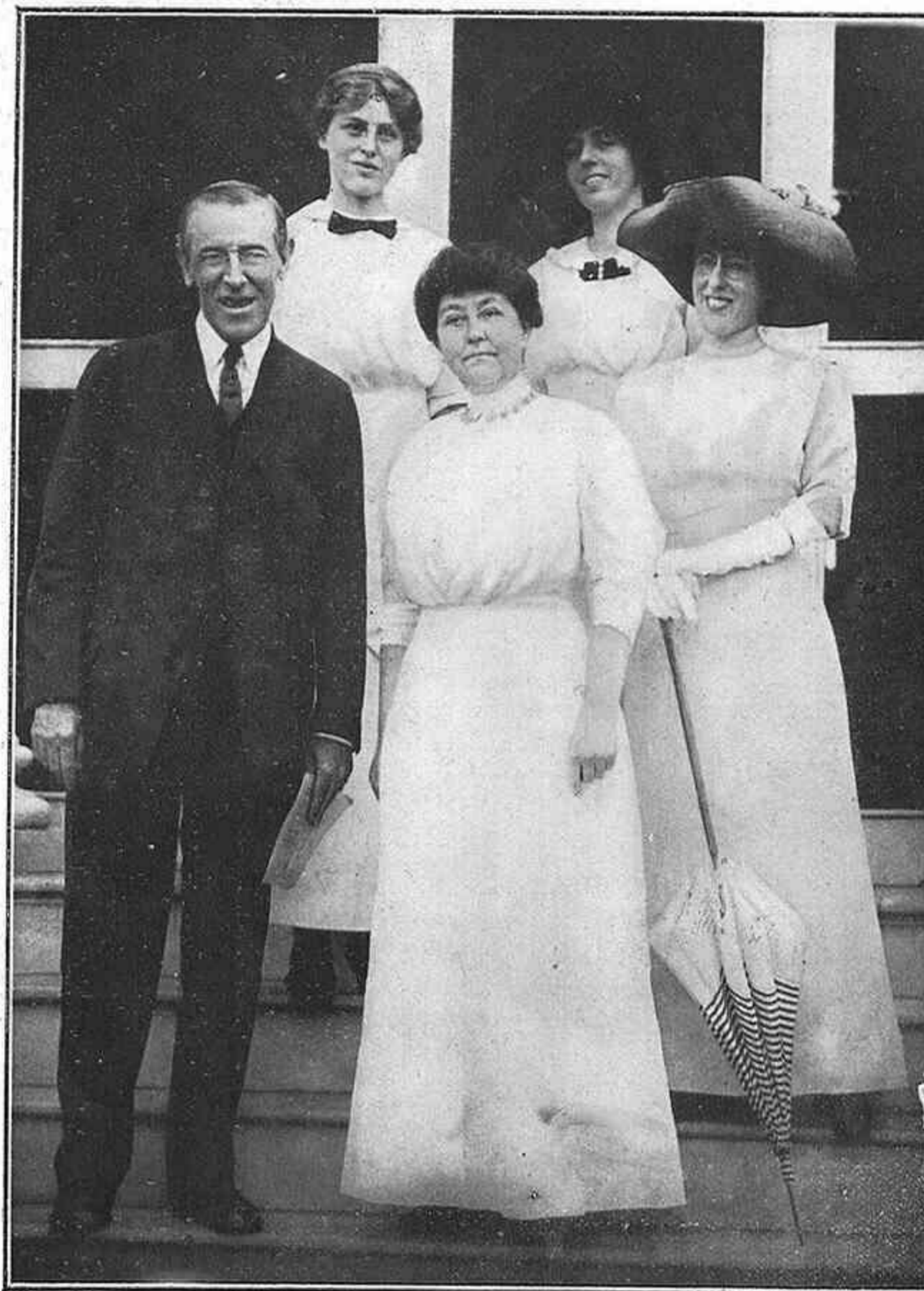
Para la carrera de amazonas había 29 inscritas, pero a causa de algunos accidentes ocurridos a varias cabalgaduras se retiraron muchas amazonas quedando para la prueba decisiva las siguientes corredoras: la condesa de Thurn, la marquesa Borbón del Monte, la condesa Negroni Prato-Morosini, la condesa Baratieri di San Pietro, la señora Jacouneikoff, doña Elisabetta Radzwill, D.<sup>a</sup> Irene de Robilant y la señorita Santa Borghese que por su destreza en la equitación se conquistó ensordecedores aplausos del público.



Roma. - Primer concurso hípico de amazonas. La señora Jacouneikoff sobre su magnífico «Sauro», ganador del primer premio. (Fotografía de C. Abeniacar.)

questra. Ha conservado la mayor fidelidad en los trajes, y aun en los instrumentos musicales, sin descuidar servirse de los resortes del teatro moderno: luccs, mecanismo, etc.

después de la prueba eliminatoria, esto es aquellas cuyos corceles hicieron un entero recorrido y salvaron los obstáculos sin error alguno: *Tobruk* y *Noumar*, de la condesa de Thurn; el



El nuevo presidente de los Estados Unidos Mr. Wilson y su familia. (De fotografía de Harlingue.)

Todas estas amazonas montaron con pericia consumada, verdaderamente envidiable, pero no todas tuvieron igual fortuna. De ellas solamente cinco fueron designadas aptas

El cortejo salió de la Casa-Blanca y se dirigió al Capitolio donde el presidente, descubierto, prestó el juramento de rúbrica según la fórmula leída por el ministro de Justicia.

**La Sal Natural de Sprudel**  
de  
**Carlsbad**  
es la única legítima Sal de

# LOS TERRORS DEL RADIO

NOVELA ORIGINAL DE ALBERTO DÓRRINGTON. - ILUSTRACIONES DE A. C. MICHAEL. (CONTINUACIÓN.)

El diminuto especialista, distraído de sus profundas meditaciones, le miró asombrado.

Pepio, en cambio, se rió de él.

- ¿Cómo pintarás eso si ni aun sabes sombrear con el color oscuro de siena? ¿No decían los críticos que tu técnica tenía arañas?

Inouyiti miraba a su atormentadora con fijeza y admiración, privado de palabra por la desapiadada fiega de la joven.

El especialista neurálgico se hubo de tapar los oídos para no oír la disputa burlona y triste de los dos.

Sus pensamientos estaban fijados en Horubu, que yacía en un rincón oscuro del laboratorio, abrasado y destrozado por el hirviente metal, sin remedio tal vez.

El exsoldado había pagado la pena de su incurable egoísmo y de su traición.

Aquel extraño duelo en el laboratorio verificado, habíase peleado con iguales términos por parte de cada adversario.

Siendo un tirador consumado y un duelista y batallador aguerrido, el veterano de la Manchuria había sucumbido ante el contenido hirviente del cucharón de hierro.

Nuevamente fué el especialista despertado de sus cavilaciones, esta vez por la voz de su hija:

- Papá, tengo hambre. ¿Dónde están la comida, el pan, el queso y las frutas que mandamos comprar ayer?

En medio de su común peligro, Pepio conservaba un apetito asombroso.

Con gran presteza, sus ligeros dedos destaparon botes de conservas, deshicieron paquetitos de dulces orientales.

El comer conservas francesas y el atormentar con su mordacidad a Soto Inouyiti eran los verdaderos placeres de su existencia.

- Vosotros dos os deberíais casar, dijo el pequeño especialista mirando a los dos jóvenes que seguían zahiriéndose.

Pepio, con la boca casi llena de mermelada de jengibre, respondió:

- No me caso yo con hombre que se quiere crucificar en una oleografía.

- No me has entendido, protestó Soto. Quise decir que en mi próximo cuadro se revelará patentemente mi crucificado espíritu. Nada más que eso.

El diminuto especialista se detuvo en su paseo arriba y abajo del despacho, y miró fijamente al joven artista.

- Tú eludes contestar a mi sencilla pregunta. ¿Por qué no te casas con Pepio y te vas a Nueva York?

El joven artista se retorció con horror verdaderamente nipón.

- No puedo olvidar a Violeta. Mi corazón está abrasado. Además, Su hija de usted no me quiere por marido.

Pepio extendió una capita de mermelada sobre una fina galleta y habló con ella entre sus blancos dientes:

- Erase que se era un Soto Inouyiti, que llenó de manchas a un barón, cegó a una actriz y tornó purpúreos los mostachos de un millonario. Los periódicos le llaman ahora el artista microbio de Tokio...

- Eso es falso, gritó el pintor. La prensa llama a su hazaña el crimen del siglo. En la opinión pública soy una figura colosal, no un microbio Pepio.

Horubu se agitó y sus palabras salieron trabajosamente de sus labios abrasados:

- Un poco más de fuego me enviaría con los manes, Teroni. Un poco más de fuego... Sí... Querría dormir. Después del combate, debe haber paz entre los hombres. Mi cabeza está derretida. ¿Crees que hay alguna esperanza?..

- No, pero esta noche dormirás bien, Horubu, porque los dioses permiten el uso de esto.

Y diciendo así sacó de su bolsillo una aguja hipodérmica y elevando la muñeca destrozada por el fuego, puso una inyección al desdichado para hacerle dormir sin que sintiese aquella horrible tortura que le producían las quemaduras.

Una hora más tarde el especialista neurálgico penetraba en la alcoba de Inouyiti y despertaba suavemente al joven artista.

- ¿Qué hay?

- Tengo, por fin, una idea, Soto. Los hombres que manejan constantemente radio quedan poseídos de dos demonios: bueno el uno, que los incita a favorecer a la humanidad, y malo el otro, que los excita a destruirla.

El joven artista se restregó los ojos.

- Pues entonces en cuanto al demonio que habita en Teroni Tsarka, dijo soñolientamente, no hay duda ninguna: tiene unos ojos de fuego, y una cola espantosamente monstruosa. Lo pintaré en un libro de pantomimas.

El diminuto especialista sentóse junto al lecho del artista sin poder contener la risa.

- Se me ha ocurrido, Soto, que Réwnick es el único hombre que puede dañarnos. No le podemos matar, es verdad, ¡pero es posible hacer que le detengan!

El joven artista se incorporó súbitamente en el lecho, echando hacia atrás el despeinado cabello que le cubría la frente.

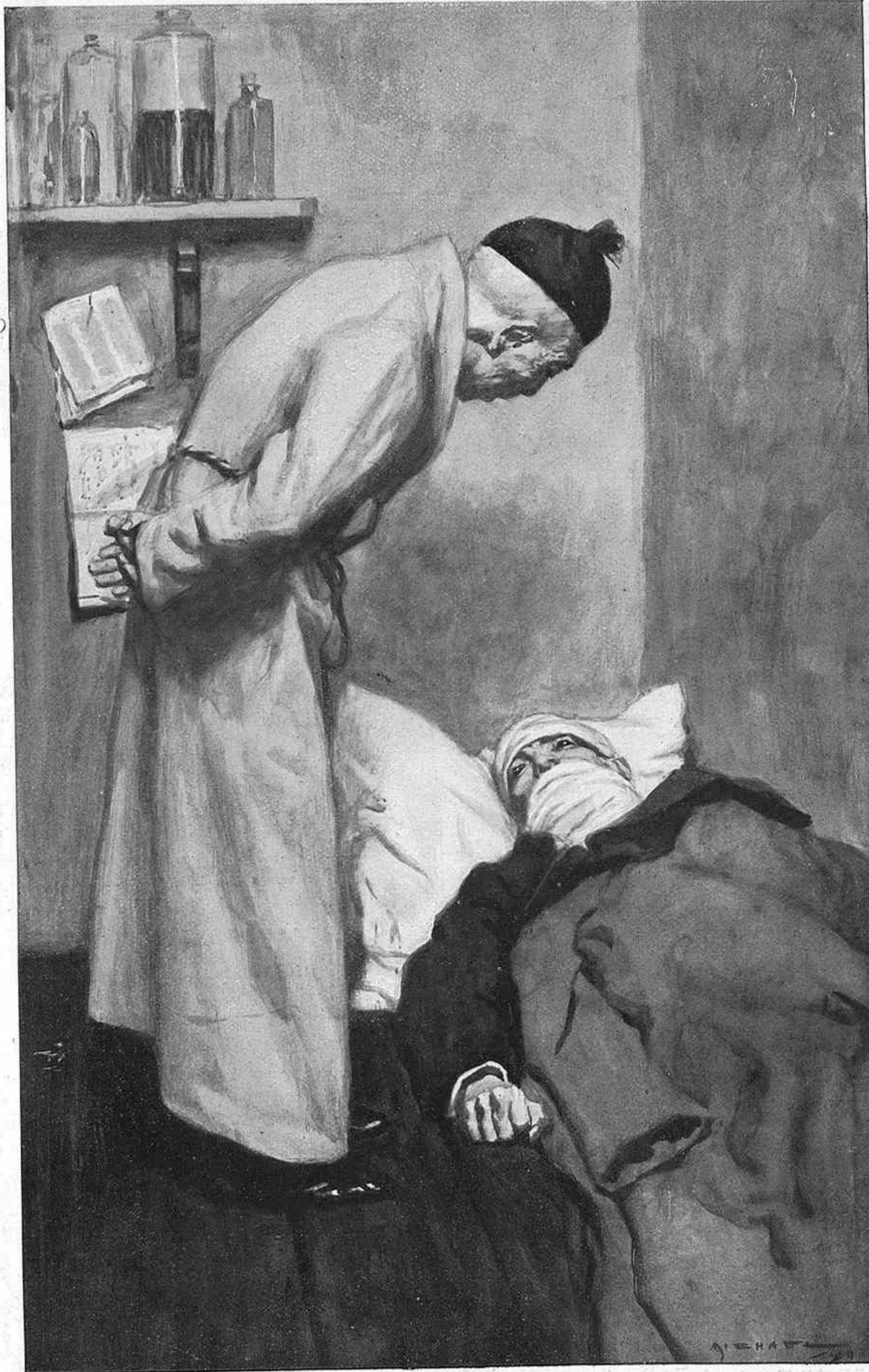
- Réwnick es un detective, dijo. Los ingleses no ponen presos a sus agentes.

- Cuando éstos no cumplen con su deber los pueden enviar a presidio. Gifford hace algún tiempo que recibió de Pepio un cheque de doscientas guineas. El cheque llevaba mi firma. El Banco conserva este cheque, aunque hace mucho que he retirado mis cantidades de su custodia. Esta noche haré que Kotio Maru informe al *Scotland Yard* de que el primer autor de la tropelía del Estudio es Réwnick. Kotio Maru conoce bien la ley inglesa y demostrará con evidencia que Réwnick ha recibido dinero de nosotros. Llamarán a esto su complicidad..., por haber ayudado y excitado a los atropelladores del Whitehall en auto blindado, y a los maquinadores de la tropelía del Estudio de Piccadilly. ¿Verdad, querido Inouyiti?

- ¡De nada nos servirá!, replicó Soto. Réwnick contará todo al *Scotland Yard*, y, en vez de eludir la persecución de un agente, tendremos tras de nosotros una legión entera. ¡Tsarka..., tú estás loco!

El joven artista reclinóse en su almohada indicando con ambas manos la salida de la alcoba al hombre que había ido a interrumpir sus ensueños de fama y gloria.

- Gifford Réwnick se guardará mucho de poner



Mi cabeza está derretida. ¿Crees que hay alguna esperanza?..

Después que Inouyiti se hubo retirado a descansar, y Pepio estuvo también encerrada en su alcoba, el diminuto especialista descendió al laboratorio y giró el conmutador de la luz eléctrica.

El fuego del horno tan brillante por la tarde solamente era ya una superficie de un rojo bastante obscuro.

El especialista detúvose junto al fuego y extendió sobre éste sus manos para recoger los últimos rayos del calórico.

Fuera se oía el gotear furioso de la lluvia y los clamores temerosos del viento.

Suspiró penosamente y después se dirigió hacia la figura supina yaciente sobre el gran abrigo.

Deteniéndose junto a ella asió la obscura mano posada sobre el pavimento.

- El león del dolor no ha soltado aún su presa, camarada. ¿Qué puedo hacer para aliviarte?, preguntó tiernamente.

al *Scotland Yard* tras nuestra pista, insistió Tsarka. ¿Crees que ha trabajado y sufrido tan en silencio para desembuchar tan neciamente el resultado de sus caramente adquiridas investigaciones a sus rivales en la caza? No estoy loco Inouyiti. Sólo se requiere un poco de cuidado y prudencia para tener a Rénwick bajo llave hasta que nos hayamos embolsado los honorarios de Márister y las guineas de Hohenhoff. Cuando se despierte el *Scotland Yard* habremos desaparecido de la escena londinense.

## XVII

Gifford se encontraba como un hombre que nada en un lago infestado de pulpos. De un momento a otro un tentáculo invisible podía arrastrarle impensadamente al fondo.

Había dejado libre a Pepio a condición de que Violeta Cranstone fuese asistida inmediatamente en el Instituto Messonier, circunstancia que no le hacía muy recomendable ante su jefe.

Durante los días que subsiguieron a su encuentro con la joven japonesa, vagó errante por la ciudad como quien hubiese firmado un pacto poco deseable por sus peligrosas consecuencias.

Su solicitud por Violeta Cranstone le había hecho, decía a sí mismo, ladearse un tanto de la senda del deber.

No obstante, seguía argumentando en su interior, estaba determinado a proseguir sus investigaciones y terminar con el pequeño reinado del terror que en Londres había implantado la cuadrilla de los operadores japoneses del radio.

Una mañana, dirigióse, con un plan de acción predefinido, hacia el Instituto Messonier.

Al llegar hizo que el criado introdujese su tarjeta y fué pasado a una sala de tapicería verde, que servía también para consultas.

En ella díjole el sirviente que esperase la llegada de la señora Messonier.

Presentósele la oculista vestida con una bata de color malva intenso, muy parecido al mortal color de las llamaradas que había él experimentado durante las semanas que duró su ceguera de radio.

Beatriz le saludó fríamente, y en sus maneras descubrió él cierta velada hostilidad, que le admiró no poco.

—¿Viene usted a preguntar por Miss Cranstone?, interrogó con brevedad profesional.

Rénwick hizo una pequeña inclinación.

—Deseo hablarle de su colega de usted, el doctor Tsarka.

Beatriz sonrió débilmente.

—Después de la conversación que el otro día tuvimos, Mr. Rénwick, no dudo de lo que piensa usted. Continúe.

—He venido para avisar a usted que mi obligación es hacer prender al Dr. Tsarka.

—¿Y por qué viene usted aquí? ¿Es que acaso acostumbra los detectives privados prevenir a las personas amigas de la que van a entregar a la policía?

—No siempre, señora; pero en el presente caso siento que yo no podría obrar sin la confianza de usted.

Ella sonrió con cierta amargura.

—Continúe usted, Mr. Rénwick, es usted muy amable.

—Lo bastante, señora Messonier, para acordarme de que salvó usted mi razón juntamente con mi vista. Considero que el Dr. Tsarka es amigo de usted, y por tanto aviso a usted de que la prisión del doctor por la policía puede realizarse de un momento a otro.

Estas palabras parecieron sacar a la Messonier del mesurado dominio de sí misma.

Poniéndose vivamente colorada le dijo con vehemencia:

—Usted no debe prender al Dr. Tsarka. Le consta a usted muy bien que él no es culpable de la tropelia del Estudio.

Gifford la miró con desmedido asombro.

—Teróni Tsarka es un criminal redomado. Yo caí en sus garras, y usted misma me salvó de los efectos de la envenenada esponja de radio.

—El Dr. Tsarka afirmó que aquello solamente fué un accidente. ¡Usted no tenía derecho para penetrar en su morada!

Hubo entre ambos un breve silencio, durante el cual Beatriz podía oír las palpitaciones de su agitado corazón.

La especialista fué la primera en romper aquella pausa.

—Necesito que no prenda usted ni, desde luego, haga prender al Dr. Tsarka. ¿Me lo promete usted, Rénwick?

—No puedo prometerlo, señora Messonier. ¡Entre él y yo hay declarada guerra sin cuartel.

Beatriz miró al detective con una especie de divertida admiración.

—¡Oh!, dijo. ¡Le ruego, Mr. Rénwick, que, cuando menos, al realizar sus planes me perdone a mí tan siquiera!..

—¿Qué quiere usted decir, señora?

Y el detective se acercó medio paso más a Beatriz como para leer en la mirada de ésta la velada sátira de aquellas palabras.

La risa de la joven especialista explotó ruidosa y franca.

—Sencillamente me divierte su falta de discreción, Mr. Rénwick. Hace bien pocos días me vino usted suplicándome devolviese la luz a los ojos de Violeta Cranstone. El Dr. Tsarka me dió órdenes para que la asistiese gratis inmediatamente. ¿Fué aquel un acto criminal? ¿Se movió Tsarka por algún motivo criminal?

Gifford permaneció silencioso.

Beatriz le observaba con fijeza.

—Ahora, continuó, que imagina usted a la señorita Cranstone en una franca mejoría, empieza usted por espiar este Instituto con esperanza de poner preso a mi antiguo asociado.

—Es cuestión urgente, repuso enfadadamente el detective; pasados unos días la cuadrilla japonesa se habrá disuelto.

—No hay tal cuadrilla, Mr. Rénwick; si no es en la imaginación de usted. El Dr. Tsarka ha sido víctima de las circunstancias. Es generoso, noble de corazón, y ha gastado la mitad de su vida en asistir a la doliente humanidad. En los primeros tiempos de mi carrera me ayudó sin esperanza alguna de compensación.

—Pero... Inouyiti y Horubu son amigos suyos, protestó el detective. Acuérdesse, señora Messonier, de que Soto Inouyiti es el autor de la tropelia del Estudio.

Beatriz se sonrió, como burlándose compasivamente del joven detective.

—Soto Inouyiti está loco. Nadie sino un loco hubiera concebido tan trágica farsa. El muchacho está bajo observación médica, y hace varios meses se encuentra en esa situación. Sus amigos jamás imaginaron que pudiese tramar crimen tan cobarde.

Gifford suspiró y se dispuso a retirarse.

—Debo retirarme, señora Messonier. Muy buenos días... Siento no participar de la buena opinión que tiene usted del especialista.

—¿Va usted a dar la señal para prenderle?, interrogó Beatriz que siguió a Gifford hasta la puerta del Instituto?

Por la primera vez descubrió el detective, en el mirar de la oculista, una fiera panterina, pero contestó:

—Positivamente; haré que le prendan. Es mi deber, señora.

Gifford se detuvo para mirar nuevamente los insondables ojos grises de la doctora.

Pareció que una hoja de bruñido acero fulguraba en ellos.

La transformación que se verificó en Beatriz fué eléctrica.

Lívida hasta los labios, apretados los puños, con su barbilla redonda extendida adelante, habló enérgicamente:

—¿Sabe usted que en este momento está en mi sala de operaciones Miss Violeta Cranstone?

—No, no lo sabía.

—Sí; no vuelve a su casa hasta mañana. He estimado más seguro para ella que permaneciese aquí en mi compañía.

—¿Y... está fuera de peligro?

—¡En tan poco tiempo, Mr. Rénwick! No soy ninguna taumaturga. No devuelvo la vista a los ciegos con sólo la imposición de mis manos.

Él la miró sin pestañear.

—Usted curará completamente a Miss Cranstone, dijo. Nada hay tan cierto como lo que le acabo de decir.

—El amor está lleno de fe, repuso Beatriz irónicamente. De una fe a prueba de los mismos terrores de las tinieblas, de los mismísimos terrores del radio.

Había algo en las palabras de Beatriz que heló la sangre a Rénwick.

Con una sensación de angustia, pues no podía conciliar la sonrisa que flotaba en los labios de la doctora con las crispadas manos hacia él extendidas inquirió:

—¿Es que la doctora duda de su poder para sanar?

—Una nunca sabe a punto fijo hasta qué profundidad ha penetrado el fuego del radio, repuso Bea-

triz con prontitud científica. Hasta hoy he considerado yo al Dr. Tsarka como mi buen genio, y en los casos muy difíciles sus consejos me son excelentes guías. Pero usted me amenaza con separarlo de mí lado... Usted lo pase bien, Rénwick.

Desapareció Beatriz, y Gifford se encontró en la calle mirando fríamente el tráfico de las calles próximas al Instituto.

Tras de la suave cortesía de la señora Messonier había descubierto la garra del tigre.

El significado de las palabras de la especialista oftálmica era bien claro. Propiamente le había desafiado a que prendiese al diminuto especialista. Teniendo en sus manos a Violeta Cranstone, Beatriz Messonier podía forzar al detective a la obediencia forzosamente.

A pesar de esto, la ira de Rénwick no se levantó contra la oculista; ésta creía firmemente en la inocencia del Dr. Tsarka, y para escudarse usaría probablemente de cuantos medios estuviesen a su alcance.

Tomó un coche y se hizo conducir a casa de la señora Cranstone.

Fué introducido sin pérdida de momento, y la madre de la joven actriz salió a recibirle con los brazos extendidos.

—¡Qué placer experimento al verle, Mr. Rénwick, exclamó con sincero entusiasmo. Con nada podremos pagar el inapreciable servicio que nos ha prestado usted.

En el rostro de la señora Cranstone se dibujaba la tranquila y regocijada esperanza que había penetrado en aquel hogar desde que a Violeta se le asistía en el Instituto del Radio.

La tensión que en toda su persona sufría el detective, se relajó ante aquella inesperada bienvenida tan cordial.

—Tenía entendido, dijo al cabo de un momento, que Miss Cranstone no quedaría como paciente interna en el Instituto del Radio, sino que iría y vendría para las curas. ¿Solicitó ella voluntariamente quedar interna?

—No; la señora Messonier envió a buscarla inesperadamente. Su petición me alarmó en un principio, pues dijo que mi hija necesitaba un tratamiento no interrumpido. Me alarmó al principio digo, pero aseguraba la señora Messonier que hasta que hubiese desaparecido la crisis era preciso de todo punto que Violeta permaneciese en el Instituto. Naturalmente, no había más recurso que condescender con los deseos de la señora Messonier.

Y, dejando ver en su rostro un brillo inusitado de satisfacción, la señora Cranstone añadió:

—Aquí, entre nosotros, Mr. Rénwick, me parece que la señora Messonier ha cobrado a mi hija un afecto fraternal.

En las palabras de la señora Cranstone se reflejó el mismo brillo de orgullo maternal satisfecho que inundaba su rostro.

Gifford Rénwick reflexionó sobre aquella facundia, fruto del maternal contentamiento. Le pareció evidente que Beatriz habría visitado aquellos días al Dr. Tsarka, y que el diminuto especialista neurálgico habría sabido conmovier a la oculista predisponiéndola contra la resolución extrema que pudiese él adoptar.

Beatriz se había apoderado, consiguientemente, de Violeta con el intento de usar de ella como de una fuerte arma que esgrimir contra él.

Pero Gifford Rénwick, aunque persuadido de la verdad de sus deducciones, no se atrevía a decir nada de sus sospechas a la señora Cranstone, porque comprendía que la más leve declaración de su parte sobre el particular únicamente serviría para agravar la situación.

Despidióse, pues, prometiendo que haría otra visita dentro de aquella misma semana.

Ya en la calle se hizo la pregunta que representaba su idea obsesionante. ¿Se atrevería Beatriz Messonier a diferir la curación de Miss Cranstone hasta que el diminuto especialista se hubiese puesto en salvo? ¿Hasta dónde llegaría aquella incomparable especialista en sus conatos para salvar al hombre por ella venerado y al cual debía una deuda de eterna gratitud y reconocimiento?

Gifford Rénwick luchaba en las interioridades de su mente, buscando la solución del terrible problema que se le presentaba. Prender al especialista neurálgico sería la señal para que Beatriz Messonier maquinase algún daño contra Violeta Cranstone. Un solo toque de sus manos arrojaría para siempre a la joven en la lobreguez de la ceguera eterna.

¿Y quién podría juzgar a Beatriz Messonier? ¡A una mujer tan diestra en el uso del más misterioso de los elementos curativos modernos!

La presión más ligera de sus dedos en un mo-

mento inconveniente pondría a Violeta Cranstone fuera de toda posibilidad de curación.

Con creciente vehemencia se decía a sí mismo que la desgracia de Miss Cranstone no le había apartado del camino ordinario de su deber.

Pero no estaba ansioso de cometer, lo que le parecía a él, un crimen, prendiendo entonces al diminuto especialista; porque conocía de sobra que el porvenir de Violeta dependía de que él prosiguiese o no las hostilidades con el doctor japonés.

En Piccadilly se encontró con Tóny Hackett. No se habían visto desde la tropelía del Estudio y la salvajada del auto manchuriano. Gifford, sin titubear, le expuso cuanto le había ocurrido desde su último encuentro.

Hackett, cuyas frías e indiferentes operaciones contra los nipones fracasaron por falta de información, escuchó pensativo las confidencias de su compañero.

Su expresión tediosa, casi de cansancio y aburrimiento, se tornó radiante de admiración al terminar Gifford su asombroso relato.

— Cuando tenías ya entre tus garras a Pepio, ¿por qué no echaste el guante a su padre?, preguntó de repente.

Y añadió luego:

— Tenías el juego bien claro. ¡Oh, Gifford, vaya una chapuza que has hecho!

El detective encendió descorazonadamente un cigarrillo mientras percibía el rumor del tráfico de Londres, parecido al sonante batir de las olas en un cayo arenoso.

Hasta él llegaban el estridente zumbido de los autos, los chinchosos gritos de los vendedores de periódicos; pero entre todo lo que le envolvía sólo lograba ver la imagen de Beatriz Messonier que por su retinoscopio estudiaba los ojos de Violeta Cranstone torturados por el radio.

Después volvióse súbitamente a su antiguo camarada:

— Tóny, si prendiésemos al padre de Pepio, el Instituto del Radio se cerraría en un abrir y cerrar de ojos.

— Bueno; ¿y eso qué le importa a Mister Gifford Réwnick?, preguntó jovialmente Hackett.

— A mí, nada, respondió el joven detective. Pero afectaría en gran manera a las vidas de tres personas inocentes.

Y con marcada tristeza dijo seguidamente:

— ¡Nunca me he reído ante una tigresa; pero hoy mismo, en los ojos de cierta doctora, he visto una pantera enfurecida!

— No, querido, no; todo lo más un poco de fanfarronería profesional. Estoy seguro de que la señora Messonier no se atreverá a dañar en lo más mínimo a Violeta Cranstone.

Aquella noche la pasó Gifford con gran intranquilidad.

La sombra del Instituto del Radio se le aparecía en sus sueños titánica.

Si, por una de esas casualidades imprevistas, algún agente del *Scotland Yard* ponía preso al diminuto especialista las consecuencias serían algo difíciles de prever.

A la mañana siguiente dirigió maquinalmente sus pasos hacia el lado oriental del Instituto y paseó por allí arriba y abajo, levantando de cuando en vez sus ojos hacia las altas y cuadradas ventanas de la sala de operaciones donde tantas horas había pasado mientras estuvo sometido al tratamiento de la señora Messonier.

No se podía quitar de la mente la idea de que la curación de Violeta Cranstone se retardaba innecesariamente, y al pensamiento de los sufrimientos y tortura innecesarios de la joven actriz sintió un crispamiento nervioso.

Eran las once de la mañana, hora en que Beatriz acostumbraba operar, y el detective sabía que a aquella hora estaba probablemente Violeta en la silla de tormento.

Paseó arriba y abajo teniendo constantemente en sus oídos el zumbido del tráfico.

Doblando la esquina de la calle pasó junto las blancas puertas del Instituto y se detuvo ante ellas un momento para echar furtivamente una ojeada al interior.

Llamáronle la atención unos pasos apresurados. Una doncella de blanca cofia iba precipitadamente por el anchuroso y desierto salón de entrada, llamando al criado de librea, que estaba en alguna de las diversas vueltas de aquel amplio y columnado pórtico.

Presentóse al pronto el criado mostrando en su rostro una repentina agitación y alarma.

Llamó a la doncella que tan precipitada iba y en voz ligeramente alta le preguntó:

— ¿Qué doctor ha dicho usted, señorita? No he entendido bien.

La doncella de la blanca cofia se detuvo.

— ¡Al Dr. Tsarka!, exclamó precipitadamente. ¡En seguida telefonéle usted! Ha ocurrido un accidente horrible en la sala de operaciones. ¡Vamos, dése prisa, amigo mío!

El criado pareció no comprender el significado de las palabras de la doncella enfermera, y permaneció



¿Por qué no echaste el guante a su padre?, preguntó

inmóvil, con asombrados ojos, como sin saber qué hacer, hasta que el detective, subiendo a saltos los escalones, se le acercó.

— Mire usted el libro de direcciones telefónicas de la señora y busque la del Dr. Tsarka, ordenó. Ya oye usted que ha ocurrido un accidente.

La enfermera valióse sorprendida hacia el joven detective, pero sus maneras se suavizaron al punto al reconocer en él a uno de los primeros pacientes de la señora.

— Gracias, Mr. Réwnick, dijo la enfermera viendo que el detective asía el receptor del teléfono y esperaba que el criado leyese la dirección privada del diminuto especialista. La dirección, empero, no la dijo el criado, sino que desde la escalera una voz aguda la pronunció:

— Cinco, seis, tres, ocho, Púrfew del Támesis.

El joven detective dió casi sin respirar el número a la central.

Pocos segundos después la inconfundible voz del diminuto especialista sonó en sus oídos:

— ¿Quién?

— El Instituto Messonier, respondió Gifford. En la sala de operaciones de la señora Beatriz ha ocurrido algo grave. La señora ruega a usted que venga en su ayuda.

El detective esperó con temor la respuesta del especialista neurálgico.

Repentinamente se apoderó de él el temor de que aquél hubiese reconocido su voz.

La respuesta, empero, disipó completamente sus temores:

— Diga a la señora que voy a toda velocidad de mi Panhard.

Gifford se volvió hacia la enfermera, que pasaba rápidamente con un jarro azul en la mano.

— Un momento, señorita Dixon, empezó con precipitación. ¿Puede usted decirme exactamente qué es lo que ha sucedido, por si puedo hacer algo en ayuda de la señora Messonier?

La enfermera se detuvo en las escaleras pálida y aturdida, demostrando con su palidez y precipitación hallarse dominada por algún espanto que no podía disimular.

— ¿Es Miss Cranstone a quien... le ha sucedido la desgracia?

Y el detective al hacer esta pregunta casi había perdido ya toda esperanza de salvar a Violeta Cranstone.

— No lo sé de cierto, respondió apresuradamente la enfermera. La señora estaba curando a la joven artista y la espiral cristalina de Butoni explotó, hirviendo a la señora en el rostro.

— ¡Entonces no es Miss Cranstone la que está herida!

— ¡No se lo aseguro! La espiral de cristal estalló en todas direcciones. Dentro tenía algo muy particular que se quemó en todas direcciones también. No sé si a la señorita Violeta le habrá alcanzado.

Desapareció la enfermera y Réwnick quedó presa de espantosas imaginaciones.

No podía forzar la entrada de la sala de operaciones, ni tan siquiera intentar investigación alguna.

Sólo estaba seguro de que algo grave había ocurrido. Con todo, se resistía a creer capaz a Beatriz Messonier de un crimen quirúrgico.

Había reventado un tubo de radio y fuerza era que él se revistiese de paciencia hasta la llegada del diminuto especialista.

XVIII

Pocos minutos después aparecía la enfermera en el descanso de la escalinata y le llamó suavemente.

— Mr. Réwnick, tenga la bondad de subir. La señora se alegrará de verle.

Al entrar en la sala percibió Gifford una intensa y blanca luz, y suspendidos sobre el sillón operatorio, del centro de la sala, dos espejos disociales.

Beatriz Messonier hallábase sentada en un canapé.

Desde el primer momento comprendió el detective que la especialista oftálmica sufría agudamente.

Con su mano izquierda oprimía la Messonier un pañuelo humedecido sobre sus ojos, y del pañuelo se desprendía el olor de una solución química desconocida para Réwnick.

Beatriz notó al punto la presencia del joven detective y, sin levantar la cabeza, dijo:

— Mr. Réwnick, me ha sucedido un pequeño percance con uno de mis tubitos. La enfermera Dixon me dijo que había venido usted.

El detective le manifestó al punto su simpatía por la desgracia, y entretanto investigaba con su mirada la sala buscando alguna señal de la presencia de Miss Cranstone; pero no vió ninguna.

La señora pareció adivinar sus pensamientos.

— La señorita Cranstone se ha retirado a su habitación, dijo con el pañuelo oprimido aún sobre los ojos. Fué una desgracia que estuviese ella en la silla de operaciones en el momento de ocurrir el horrible accidente. He enviado en seguida a buscar al doctor Tsarka para...

Detúvose un instante para apretar más el pañuelo sobre sus ojos, como si el dolor le arreciase.

— ¿Para que asista a Miss Cranstone?, preguntó el detective completando la frase.

— No, no; para que me cure a mí.

— ¿Es él el especialista más cercano, señora Messonier?

— El más cercano es frecuentemente el más lejano, Mr. Réwnick. El Dr. Tsarka sabrá exactamente qué es lo que ha ocurrido. Con su ayuda neutralizaré los efectos de la explosión del tubito. Otro médico que no sea él no haría más que lastimarme y probablemente poner mi vista en peligro.

Irguióse en su asiento con alguna dificultad, y respirando anhelosamente interrogó de sopetón:

— ¿Está usted dispuesto a realizar su amenaza contra el Dr. Tsarka?

— ¿Me permitirá usted, señora Messonier, que, antes de responder a su pregunta, vea a Miss Violeta Cranstone?

Beatriz Messonier hizo un violento esfuerzo para contener un arrebato de indignación.

— Sé lo que significa su petición. ¡Mr. Réwnick, usted me cree capaz del más odioso de todos los crímenes!

Gifford palideció.

¡Oh, señora, me tomo verdadero interés por su bienestar de usted; pero el otro día me indicó usted la posibilidad de que se retrasase la cura de Miss Cranstone si se ponía preso al Dr. Tsarka. Desde luego entendí mal a usted.

(Se continuará.)

ROMA. — EXPOSICIÓN DE LOS AFICIONADOS Y CULTIVADORES DE LAS BELLAS ARTES. (Fotografías de C. Abeniacar.)



Tríptico funerario, escultura de Humberto Rancher

Los artistas italianos, siguiendo el ejemplo de los de París, Munich, Viena y otras ciudades en donde el arte ha alcanzado extraordinario florecimiento, se han dividido recientemente en dos grupos, cada uno de los cuales ha organizado su respectiva exposición.

Y el Ayuntamiento de Roma, en presencia de este dualismo, ha hecho lo del juicio del rey Salomón: dividir en dos partes iguales el grandioso palacio en donde anualmente se celebran las exposiciones artísticas.

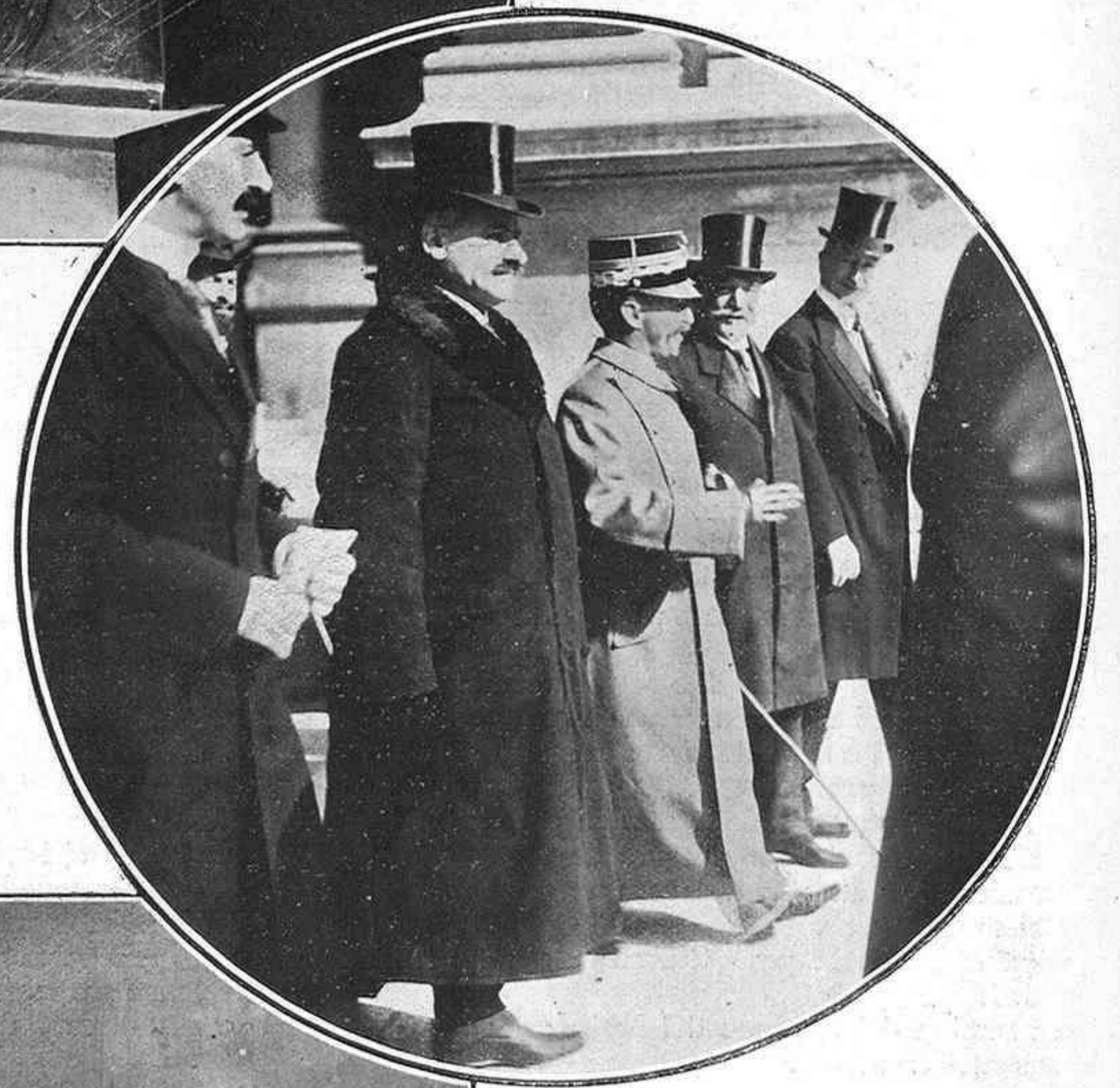
La primera que se ha inaugurado ha sido la del grupo de los llamados «Aficionados y cultivadores de las Bellas Artes», en la que figuran las dos bellísimas obras que en esta página reproducimos.

El otro grupo, el de los «Secesionistas», que después de ochenta años han roto los lazos que los unían a la antigua Sociedad, inauguró la suya dos semanas después.

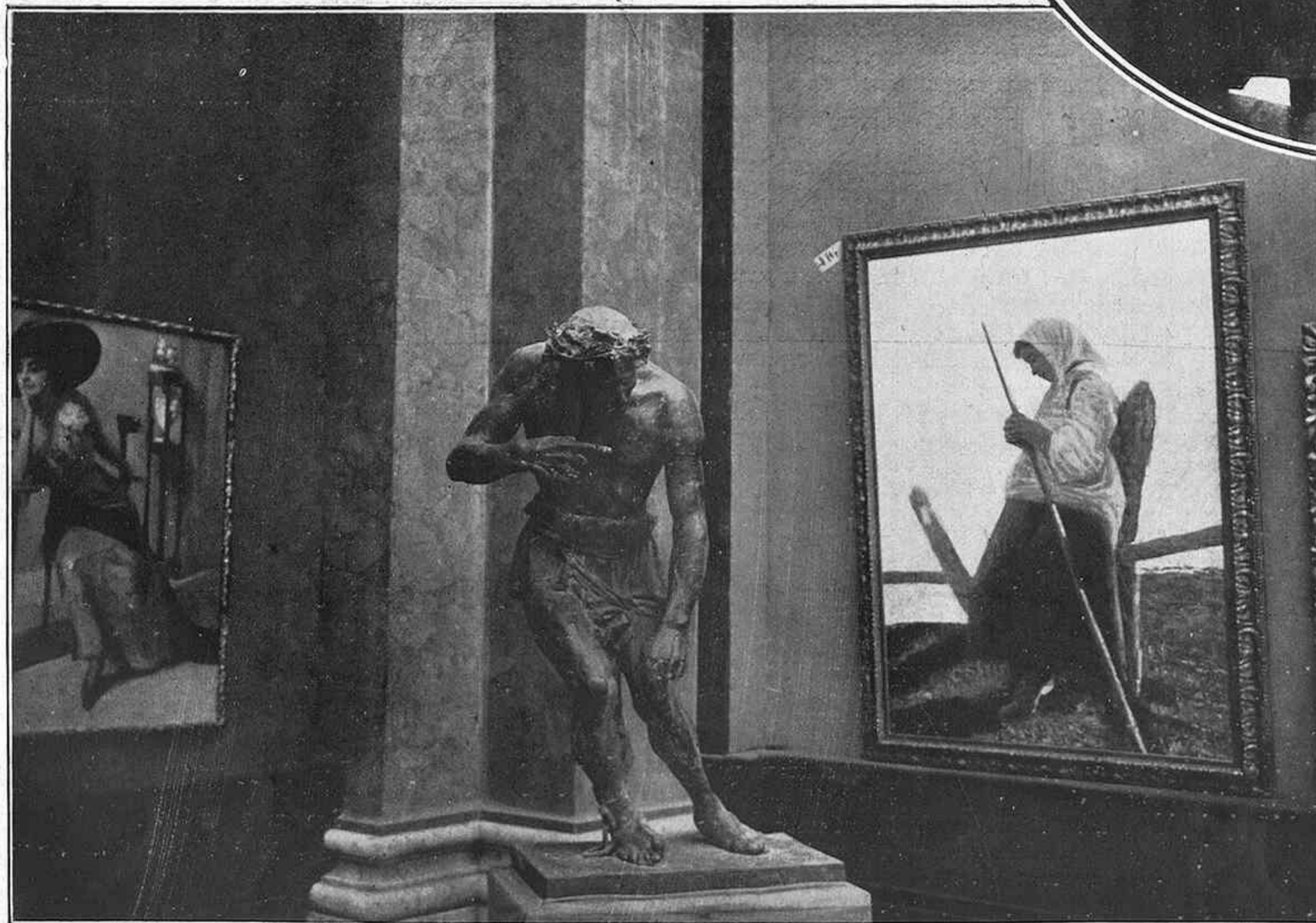
y en los resultados por ellos obtenidos.

Pero por de pronto, el público se contenta con admirar las obras expuestas, entre las cuales sobresalen *El Iota*, estatua de bronce con pátina antigua, de Aquiles Alberti, y el *Tríptico funerario* de Humberto Rancher.

*El Iota*, coronado de pámpanos, nos recuerda los célebres Silenos que se admiran en las pinturas y esculturas pompeyanas; pero su cuerpo, aunque inclinado en una actitud extraña de embrutecida embriaguez, es el de un hombre vigoroso, de músculos de acero desarrollados por el rudo trabajo de la tierra. Contemplando el color verde de la pátina y la perfección con que resultan imitadas en su parte externa las antiguas estatuas desenterradas desde hace siglos, preguntome cuál no sería la admiración de los arqueólogos si el Sr. Alberti, en vez de enviar su obra por el ferrocarril de Milán, en donde reside, la hubiese hecho descubrir



El rey Víctor Manuel III saliendo de la exposición después de la ceremonia inaugural



El Iota, escultura de Aquiles Alberti

en alguna de las excavaciones del Foro Romano.

El *Tríptico funerario* es propiamente un díptico, ya que la figura del centro que echa aceite en la lámpara de la vida no es sino el lazo de unión entre el primer grupo de la familia joven en la plenitud de su florecimiento y el grupo segundo de la mujer desolada que deposita flores sobre una tumba. El *alfa* y la *omega* que el artista ha puesto a los lados de la figura central confirman la definición que acabo de dar de esta obra simbólica, que como todas sus semejantes permiten a la fantasía las más variadas interpretaciones.

En la sección de pintura llaman especialmente la atención las dos salas dedicadas a las obras de los artistas lombardos José Raggio y Pompeyo Mariani, así como los paisajes de Morbelli, los cuadros de Previati, de Longoni, de Bersani, de Donati y de Chiesa.

La exposición de los Aficionados y Cultivadores de las Bellas Artes fué solemnemente inaugurada por el rey Víctor

Manuel III el día 24 de febrero último. — CARLOS ABENIACAR.  
Roma, marzo de 1913.

La crítica, naturalmente, tendrá ocasión excelente de discutir ambas tendencias artísticas, fijándose en sus respectivos campeones, en sus esfuerzos

MADRID. - LOS ÚLTIMOS ESTRENOS TEATRALES. (Fotografías de Vidal.)

Tres obras se han estrenado últimamente en Madrid con excelente éxito: en el Español, *El eco*, drama en cuatro actos de D. Ramón Goy de Silva; en la Princesa, *Mamá*, comedia en tres actos de D. Gregorio Martínez Sierra; y en la Comedia, *Fruta picada*, del notable periodista bonaerense D. Enrique García Velloso.

*El eco* es un drama presentado en forma sobria y concisa y un tanto romántico en el fondo.

El conde de Anceis, viudo de una esposa a quien adoraba, se enamora de Elena y se casa con ella, pero únicamente porque su voz es igual a la de su primera mujer y le recuerda a la idolatrada muerta, buscando en este matrimonio tan sólo la prolongación de la felicidad perdida. Y en este constante delirio vive el conde, torturando la existencia de Elena. Mas ésta no se resigna a ser el eco de la antecesora; ama a su esposo y quiere que éste la ame por sí misma, no por lo que le recuerda; y habiendo descubierto que la muerta fué infiel al hombre que todavía rinde el más apasionado culto a su memoria, revela a su marido el horrible secreto. El conde, anonadado por aquella revelación, en el paroxismo de su dolor y creyendo calumniado al que siempre fué su ídolo, la mata.

En torno de esta acción apenas se desarrollan episodios; nada o casi nada distrae la atención, que necesariamente ha de concentrarse en el drama íntimo de dos almas.

En la ejecución de *El eco* se distinguieron principalmente Jaime Borrás y Matilde Moreno en sus respectivos papeles de conde de Anceis y de Elena.

*Mamá* es una comedia primorosa, bellísima bajo todos conceptos, por su asunto interesante, por la naturalidad con que

género resultaba enteramente nuevo para el público madrileño, la obra del Sr. García Velloso ha sido acogida no simplemente con simpatía, sino con aplauso sinceramente entusiasta, habiendo obtenido un éxito franco desde sus primeras escenas. Y es porque, a pesar de su carácter local y para los españoles exótico, la comedia es real, humana y hay en ella, además, ingenio, sentimiento, pasión y poesía.

Uno de los primeros críticos de la corte dice hablando de *Fruta picada*:

«El tema indígena y el ambiente local no han cerrado el paso a una técnica perfectamente europea. El sabor poético de algo muy dulce-mente ingenioso va de bracer con la habilidad profesional del dramaturgo.

»El sentimentalismo y la gracia, la emoción y la risa están entrecruzados no con la premeditación que muchos autores de por acá tienen por costumbre, ni en dosis con antelación recetadas, sino desigual y dispersamente, como en la vida se alejan y se acercan la alegría y el dolor.»

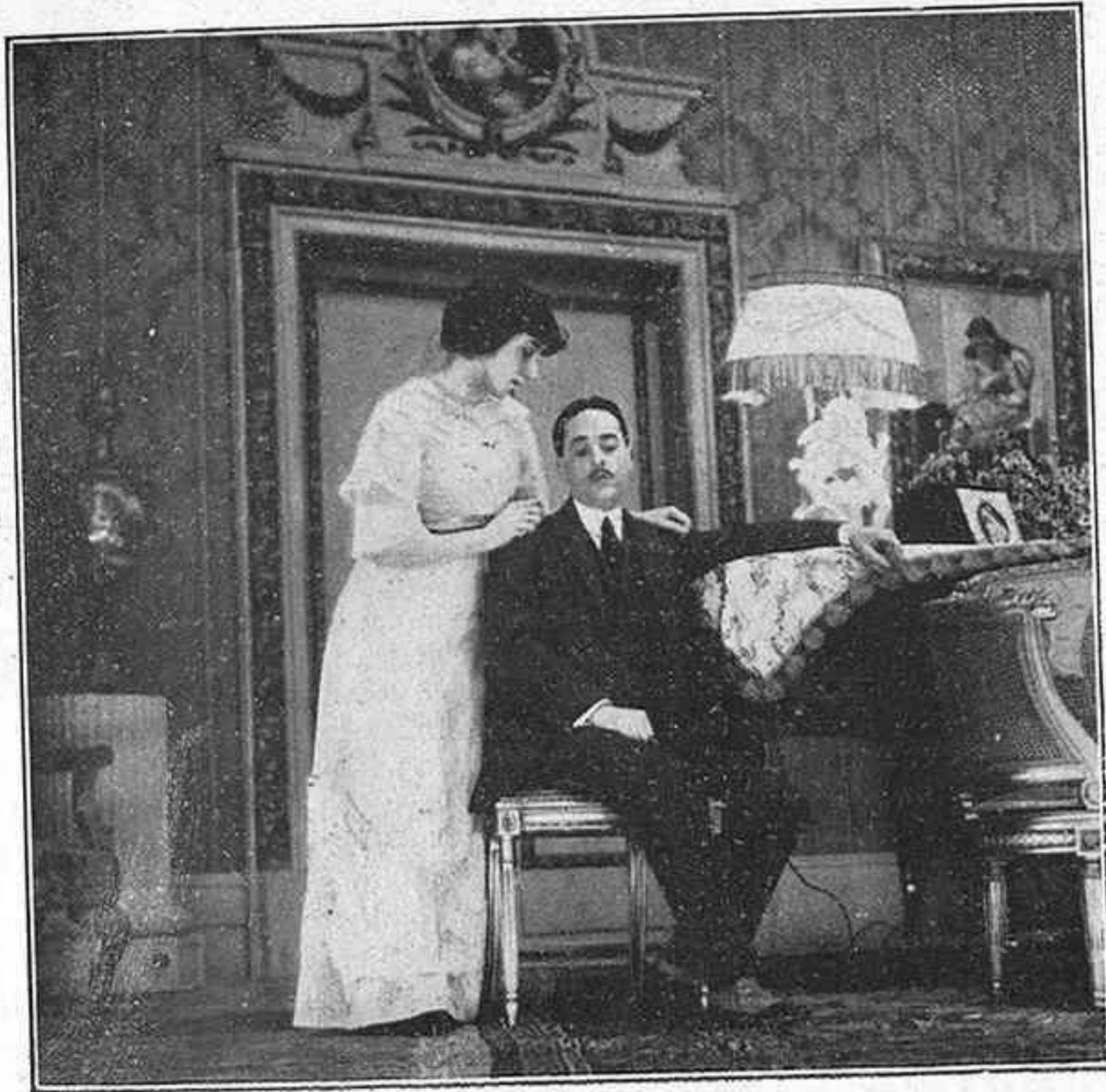
Con la comedia del Sr. García Velloso debutó en Madrid Florencio Parravicini, a quien se conceptúa como el primer actor cómico argentino y que justificó plenamente la fama en América conquistada.

El público que llenaba el teatro le aplaudió calurosamente así en

*Fruta picada* como en dos monólogos que recitó con gracia incomparable.



Escena final de «El eco», drama en cuatro actos de D. Ramón Goy de Silva, estrenado con mucho éxito en el teatro Español



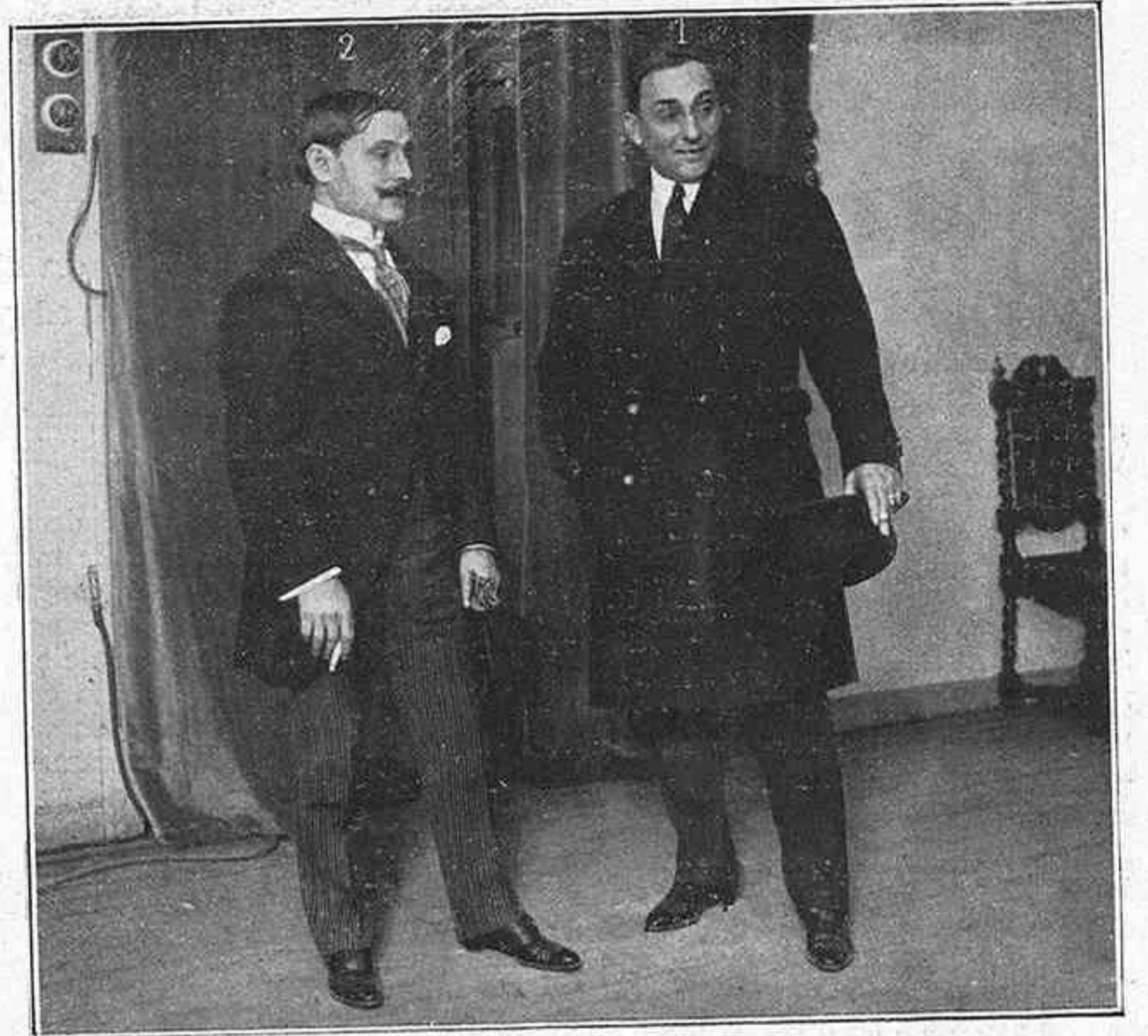
Una escena de «Mamá», comedia en tres actos original de D. Gregorio Martínez Sierra, estrenada con mucho éxito en el teatro de la Princesa.

la acción se desenvuelve, por el sentimiento de muchas de sus escenas y por el arte, el ingenio y la soltura con que está escrita.

Mercedes, hija de un aristócrata arruinado, vicioso y egoísta, educada en un régimen muy tolerante, consentida en sus menores caprichos, ha pasado su juventud vagando alocadamente por el mundo, frecuentando los sitios de moda y sin más preocupaciones que las diversiones, los trajes y los *flirts* amorosos. Santiago, hombre serio, ordenado, enamórase de ella, quizás por el mismo contraste de sus caracteres, y la hace su esposa. Mercedes, casada, prosigue su vida frívola; las visitas, las reuniones, las modistas, continúan siendo sus ocupaciones únicas. Pero llega un momento en que un desengaño hiere el corazón de su hija, y entonces la mujer frívola cede su puesto a la madre amorosa. Mercedes, que, en el fondo, ha sido siempre buena, honrada, leal, consolará a su hija y la defenderá contra cualquier asechanza; y sentirá al fin los goces del hogar, que llevarán la paz a su espíritu y la felicidad verdadera a su alma.

María Guerrero, la señorita Ladrón de Guevara, Díaz de Mendoza, Morano y Vilches son intérpretes admirables de *Mamá*. La obra ha sido presentada con la esplendor que es costumbre tradicional en el teatro de la Princesa.

*Fruta picada* es una comedia de costumbres argentinas y aunque este



El periodista bonaerense Sr. García Velloso (2), autor de *Fruta picada*, comedia en tres actos estrenada con mucho éxito en el teatro de la Comedia, y el notable actor argentino Sr. Parravicini (1), que ha tomado parte en la representación de dicha obra.

**FUMISTERIA CAÑAMERAS**  
Fundada en 1850

**COCINAS MODERNAS**  
GRAN VARIEDAD DE MODELOS  
TERMO-SIFONES PARA BAÑOS  
ASADORES AUTOMÁTICOS  
TOSTADORES, CALORÍFEROS Y  
CALEFACCIÓN POR AGUA Y VAPOR  
PRENSAS, BANCOS,  
MESAS Y SILLAS

Fábrica despacho: SICILIA, 141 y 143  
Teléfono 1940  
Depósito: HOSPITAL, 87. Teléfono, 2120  
**BARCELONA**  
Sucursal: ESPOZ Y MINA, 15. - MADRID  
Teléfono, 3317

**Catálogos, proyectos y presupuestos gratis**

**DICCIONARIO**  
de las lenguas española y francesa  
por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA  
Cuatro tomos encuadernados: 55 pesetas  
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

**HISTORIA GENERAL DEL ARTE**  
Arquitectura, Pintura, Escultura,  
Mobiliario, Cerámica, Metalistería,  
Géptica, Indumentaria, Tejidos

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda a todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. - Se vende en 8 tomos lujosamente encuadernados al precio de 490 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

**Instituto politécnico FRANKENHAUSEN** (Alemania)  
Enseñanza de la construcción de máquinas en general y para la agricultura. Electro-técnica, Arquitectura.

Paris  
**PUREZA DEL CUTIS**  
- LAIT ANTÉPÉLIQUE -  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
ó Leche Candès  
pura ó mezclada con agua, disipa  
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
ARRUGAS PRECOCES  
EFLORESCENCIAS  
ROJECES.  
Fórmula y conserva el cutis limpio y terso  
Casa GANDÈS  
B<sup>e</sup>St-Denis, 46

**SELLOS DE CORREO AUTÉNTICOS**  
LISTA DE PRECIOS GRATIS  
COMPRA - CAMBIO - VENTA  
RODOLFO KEIL, GABLONZ a/N AUSTRIA

GIBRALTAR. — GRANDIOSA PROTESTA CONTRA EL GOBERNADOR. (Fotografía de López y García, de Algeciras.)



La población en masa de Gibraltar despidiendo en el muelle a los comisionados Sres. Povial y Smith al embarcarse éstos para Londres con objeto de pedir al gobierno la destitución del gobernador de aquella plaza

El gobernador de Gibraltar, Sr. Archibaldo Hunter, hállase enteramente divorciado de sus administrados a consecuencia de la conducta incomprensible que de algún tiempo a esta parte viene siguiendo en el ejercicio de su importante mando.

Hace poco, en una reunión que tuvo con la Cámara de Comercio de aquella plaza inglesa, después de insultar gravemente al pueblo calpense, manifestó que de tal modo restringiría el comercio y las libertades públicas, que con sus medidas obligaría a emigrar en pleno a los gibraltareños. Y entre otras amenazas formuló la de que impondría la cremación de los cadáveres y la desaparición de los pontones carboneros, base principal del comercio de Gibraltar.

Tales manifestaciones y amenazas han motivado una efervescencia enorme entre todas las clases sociales gibraltareñas, y con objeto de aprestarse a la defensa de sus creencias religiosas y de sus considerables intereses comerciales, se han organizado rápidamente sociedades de resistencia a fin de poner coto a tamaños atropellos.

Uno de los primeros acuerdos adoptados ha sido el nombramiento de una comisión que vaya a Londres a pedir al Gobierno la destitución de Sir Archibaldo Hunter y a obtener las necesarias explicaciones de la actitud observada por éste respecto de sus gobernados.

Para sufragar los gastos de viaje de esta comisión, abrióse una subscripción pública que en tres días produjo la cantidad de 1.500 libras esterlinas (37.500 pesetas).

Los comisionados, que son los prestigiosos propietarios D. Alberto Povial y Mr. Salustio Smith, partieron de Gibraltar el día 3 de este mes con dirección a la capital de Inglaterra, siendo despedidos por la población en masa que, formando una imponente manifestación de más de 10.000 personas, acudió a los muelles y vitoreó con entusiasmo a los expedicionarios.

El día del embarque de los Sres. Povial y Smith cerráronse todas las oficinas y establecimientos mercantiles de Gibraltar durante dos horas como prueba de adhesión a dichos comisionados y de protesta contra el gobernador.

**DENTIFRICOS**  
**HIGEIA**  
ELIXIR  
POLVOS  
CREMA

**AVISO A**  
**LAS SENORAS**  
**EL ANIOL** DE LOS  
DRES  
**JORET-HOMOLLE**  
CURA  
LOS DOLORES, RETARDOS,  
SUPRESIONES DE LOS  
MENSTRUOS  
F<sup>ca</sup> G. SEGUIN — PARIS  
185, Rue St-Honoré, 185  
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**INNSBRUCK, TIROL**  
ESTACIÓN DE VERANO Y DE INVIERNO  
HOTEL TYROL, DE PRIMERA CLASE  
FOLLETO ILUSTRADO CARLOS LANDSEE

**ANEMIA** DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**  
Curadas por el Verdadero. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.  
El mas activo y economico, el unico Inalterable.

PÍDASE PROSPECTO J.A.

**LEITZ**

GEMELOS PRISMÁTICOS  
PARA  
EJÉRCITO Y MARINA  
VIAJE Y SPORT  
TEATRO Y CAZA  
SE VENDEN EN TODOS LOS  
ESTABLECIMIENTOS DE ÓPTICA DE IMPORTANCIA O DIRECTAMENTE POR  
**E. LEITZ, WETZLAR (ALEMANIA)**

**PATE EPILATOIRE DUSSEY** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN